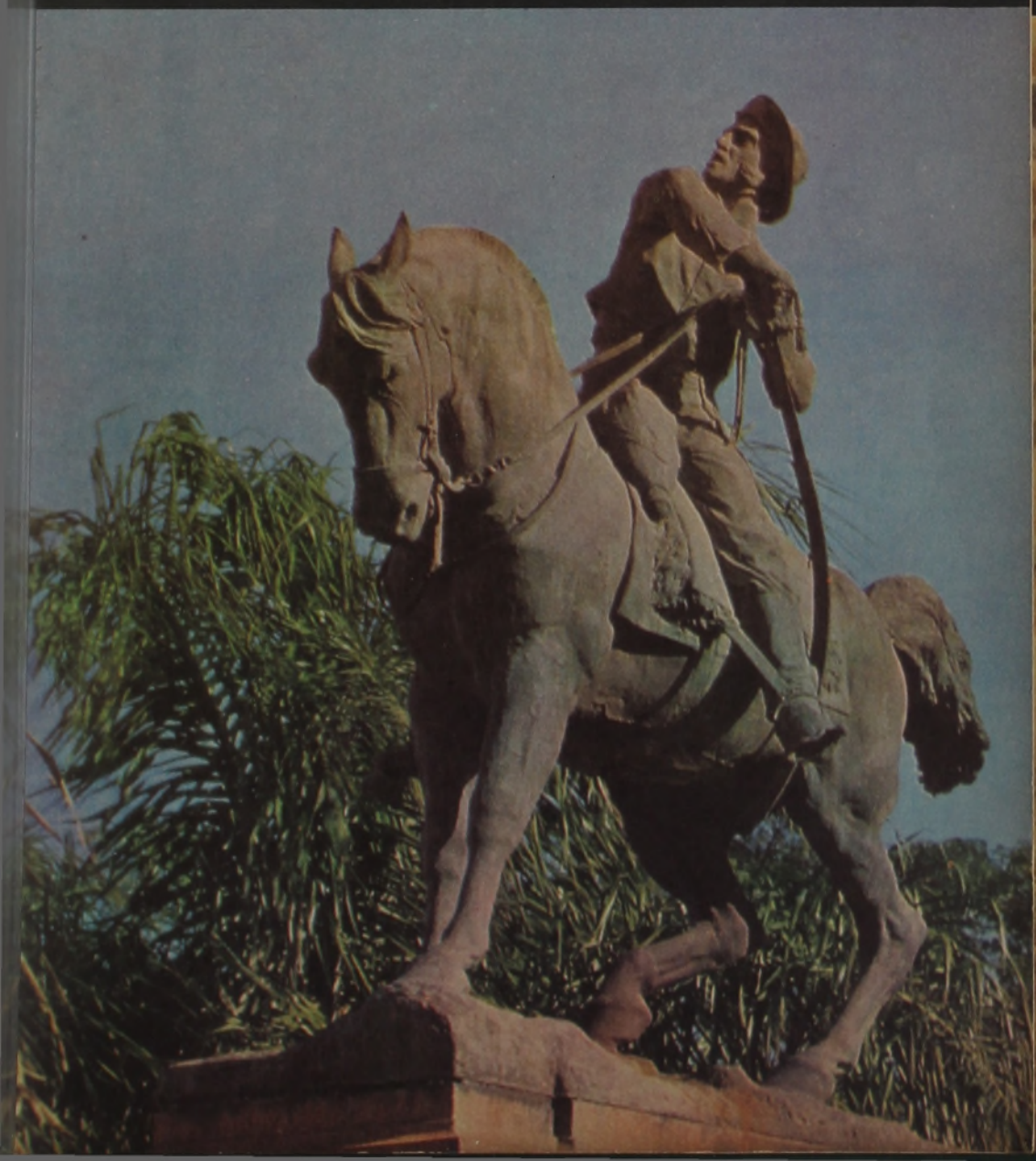


LA EPOPEYA NACIONAL DE 1825

7 ¡Sarandí! ¡Sarandí!... Santa memoria, Primicia del valor, ósculo ardiente



¡Sarandí! ¡Sarandí...!
¡Santa memoria!
Primicia del valor,
ósculo ardiente

DIRECTORES
REDACTORES RESPONSABLES

Profesores
Juan E. Pivel Devoto
Alicia Ranieri de Pivel Devoto

PUBLICACION PERIODICA
MENSUAL ILUSTRADA

EDITORES
Librería Nacional
Barreiro y Ramos S. A.

25 de Mayo
esq. Juan C. Gómez

Impresa en
Talleres Gráficos
Barreiro y Ramos S. A.
Montevideo - Uruguay

Dep. Legal N° 30.088/75



Las reproducciones son absolutamente fieles al tenor y estado de los documentos reproducidos.

Carátula: Monumento al Brigadier General Juan Antonio Lavalleja. Obra del escultor Juan Ferrari. Minas. Departamento de Lavalleja.

Juan A. Lavalleja a Pedro Trápani

Mercedes, octubre 27 de 1825.

S. d. Pedro Trápani.

Mercedes 27, de 1825

Mi amigo querido cuando creía que el oficial conductor de la brillante jornada del 12, estuviera de regreso de ésa, he tenido noticias inciertas que lo han tomado prisionero en el río, por lo que mando por duplicado un detalle de lo ocurrido, el que llevaba el oficial no es más que un parte por encima, y aseguro a V. que hasta ahora no sabemos positivamente el número cierto de prisioneros, muertos, etc., porque los comisionados y vecinos de los partidos han carneado portugueses hasta que no han querido más, y muchos de éstos todavía no han llevado sus presos al cuartel general. Ya he mandado fuerzas persiguiendo a Barreto Uruguay arriba, éste no se hubiera escapado si el Ejército Nacional nos hubiera auxiliado con 200 hombres en el punto de Paysandú, yo marchó para ese destino y si logro alcanzar esos asustados portugueses creo no tirarán un solo tiro. No demoraré más tiempo que el muy preciso, y regresaré sobre la Colonia a tentar fortuna, pues sobre este punto ya había formado un plan, antes que V. me lo apuntara, pero se frustró en razón de cargarme los enemigos. Siento sobre manera el que se hayan interceptado las comunicaciones que conducía el oficial, porque en ellas remitía las instrucciones de Bentos Manuel y órdenes de la necesidad que tenían de atacarme y destruirme, éstas fueron tomadas en la acción, en los despojos que pillaron los soldados. Amigo lo que interesa saber es si el gobierno nacional nos auxilia o no, (esto es contestando a su carta reservada que no la tengo aquí) y en qué tiempo podrá ser esto, porque ahora más que nunca debo aprovechar los momentos. Si el gobierno no quiere descubrirme su plan, ignoro con quién puede hacerlo, primero si en razón de reserva a ninguno le interesa más que al jefe de esta provincia guardarla porque está en sus intereses, segundo, si público, lo mismo, es así que yo estoy en el aire y mis cálculos vanos. Supóngase V. que aguarde un mes, dos, y estoy sin la menor probabilidad de auxilio, y el emperador me arrima 4 o 5.000 hombres, ¿quién me favorece? esto es lo que me estimula a que exija de nuestro amigo estas preguntas, no es decir a V. que positivamente exija de nuestro amigo, solo es decir que le haga V. estas reflexiones, ¿que tal amigo si me descuido con los dos mil que se me presentaron? que mis proyectos estuviesen fijos en cálculos, y en escaramuzas.

Yo he manifestado en mis anteriores la necesidad de exponer la suerte de nuestro país, pues de lo contrario nos hubieran dado una muerte pausada, a su tiempo tendré el gusto de manifestar a V. y al público los motivos que me impelieron a decidirme al ataque y creo ciertamente que la justicia me sobra, y que a V. mismo no se le ocultará, y máxime cuando no podía evadirme sin una gran pérdida en la moral de mi Ejército, y de consiguiente en lo físico. Van corridos 7 meses que estamos en la lucha, y no vemos nada claro, persuada V. a los paisanos al contrario, cuando cada uno de ellos es un abogado.

Mucho podía hablarle a este respecto pero no me es posible por falta de tiempo, y ésta no es más que de V. a mí.

En estos cuatro o 5 días escribiré extensamente interin ordene a su amigo.

Juan Antonio Lavalleja

P.D. Preciso algún dinero, si se puede mándeme por los puntos que le indiqué.

Vale. (Rúbrica de Lavalleja).

(Original en el archivo de Pedro Trápani. Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro)

SARANDI !



Ana Monterroso de Lavalleja.
Copia de una miniatura antigua.
Museo Histórico Nacional.

I

En fascículos anteriores puntualizamos cuál fue la política que observó el gobierno de Buenos Aires respecto de la Cruzada de 1825: ayudarla con recursos, pero permanecer al margen de sus operaciones militares, en actitud de espectante neutralidad, sin perjuicio de aspirar a impartirle orientaciones a los conductores de la revolución por intermedio de los agentes de ésta delegados en aquella ciudad. Orientaciones de diverso carácter, en las que no se omitió nada sobre lo que debía perfilar la línea general del movimiento, excepto la referencia a un acto fundamental: que los representantes de la soberanía declararan la Independencia como lo hicieron por su espontánea voluntad el 25 de agosto de 1825 sin que consejero alguno lo hubiera sugerido, observando en todo lo demás, como surge de los hechos, una línea de conducta propia.

La expansión del movimiento armado, las decisiones de carácter institucional, político y administrativo,

que eran claros exponentes de la existencia de un pueblo maduro para las realizaciones definitivas, no fueron bastante para apartar al gobierno de Buenos Aires de aquella actitud, con la que quiso evitar los riesgos del menor compromiso por un acto oficial del Poder Ejecutivo, del Congreso o del Ejército de Observación, que desembocara en la guerra con el Imperio.

Este recurso extremo —la guerra—, al que los orientales se habían lanzado sin especular en materia de riesgos (considerado por algunos gobernantes porteños como inevitable) a pesar de los aprestos que parecían conducir a él, era desechado en primera instancia porque dirigentes con mayor influencia auspiciaban la idea de apelar previamente a la mediación de Inglaterra, a la gestión directa de un comisionado ante el Emperador Pedro I, a especular con la alianza con otros Estados americanos —Colombia, Perú, Chile— que diluyese y alejara la no deseada empresa que pudiera emprender el Libertador contra Gaspar Rodríguez Francia y Pedro de Braganza.

II

Las actas reservadas del Congreso General Constituyente abundan en información sobre el pensamiento de gobernantes que discurren y cavilan con la exquisita prudencia de maduros estadistas sin un adarme de intrepidez, alarmados ante la posibilidad de que Pedro I pudiera ser apoyado por la Santa Alianza. Cuando el Gobierno Provisorio presidido por Manuel Calleros comunicó su instalación en un oficio ejemplar por la dignidad con que traduce los sentimientos del pueblo oriental, el Congreso, al discutir sobre si debía contestarlo o no, estimó que provocar la guerra era "el colmo de la imprudencia" y que "la contestación a los Orientales (cuquiera que ella fuese) importaba una provocación de la guerra, no había más remedio que suspenderla". Pero reflexionó al con-

siderar que el silencio podía ser interpretado como un desprecio del Congreso, que los hiciera "desmayar en su empresa". El tema volvió a Comisión. En esa oportunidad (18 de julio) el Ministro de Guerra sostuvo "que era de sumo interés a las Provincias Unidas del Río de la Plata el no comprometer su reputación, ni entrar en un compromiso de guerra por todo el tiempo que fuese posible, hasta no reunir una gran parte de elementos necesarios para ella, y contar con la cooperación de otros Estados Americanos". Se acordó finalmente, el 23 de julio, dirigir oficio al Poder Ejecutivo para que con "la mayor sagacidad" se auxiliase "en lo posible a los orientales, pero siempre huyendo con prudencia de los compromisos que serían consiguientes a la publicidad de esta medida". En la comunicación aludida, el Congreso declaró que su actitud de "suspender por este momento la contestación al gobierno Oriental", respondía al propósito de "precaer males de la mayor trascendencia". En sus dilatadas consideraciones para fundamentar la política del silencio, expresan los autores del oficio: "La empresa no fue sin duda prudentemente acordada"; reconocen que ha tenido resultados felices hasta aquel momento, pero que no era fácil predecir el futuro considerando, a la vez, perjudicial a la "causa de la libertad nacional" que el esfuerzo de los orientales se malograra por la falta de los auxilios que pudieran prestarse "sin los inconvenientes de la publicidad". El Deán Gregorio Funes hizo una proposición abiertamente decidida en favor de la revolución oriental: "la empresa de éstos, dijo, estaba calculada bajo el principio de comprometer de un modo decisivo al Gobierno y al Congreso en su propia causa", pero triunfó la solución propuesta, autorizándose, además, al Presidente del Congreso para que explicase a los Comisionados orientales en Buenos Aires "los motivos que hoy detienen al Congreso para no contestar oficialmente a las comunicaciones de su gobierno".

MONTEVIDEO LIBRE POR LOS HEROES DEL SARANDI.

Cinta distribuida el 1° de mayo de 1829 al entrar el gobierno y el ejército de la Patria independiente en la ciudad de Montevideo.

Se produjo después la instalación de la Sala de Representantes de la Provincia Oriental, cuyas leyes sancionadas el 25 de agosto de 1825 fueron comunicadas al Congreso, ante el cual presentó sus poderes el diputado elegido para representarnos en aquel augusto cuerpo. Y aquí se renovaron las cavilaciones acerca de la actitud a asumir sobre la voluntad manifestada por la legislatura de la Florida, cavilaciones que dictaron el informe esquivo de la Comisión que aconsejó suspender, para evitar riesgos la calificación de los poderes del diputado Tomás Gomensoro y su incorporación al cuerpo. Al considerarse la ley de unidad sancionada por la legislatura uruguaya, se repitieron las consideraciones hechas en la sesión del 23 de julio. Adviértase que la sesión secreta en que fueron reiterados los mismos argumentos para eludir cualquier compromiso se realizó el 10 de octubre, después que la victoria de Rincón había consolidado el movimiento revolucionario. Los detalles sobre ese hecho de armas habían tenido difusión en todo el Río de la Plata. Pero el Congreso, después de escuchar referencias sobre haber mantenido conversaciones el Ministro de las Provincias Unidas en Londres con el de Su Majestad Británica sobre la revolución oriental y sobre haberse enviado un oficial con pliegos ante el gobierno de Río de Janeiro, postergó su pronunciamiento hasta no ser informado al respecto por el Poder Ejecutivo. Esto ocurrió el 10 de octubre de 1825. Dos días después se libró la batalla de Sarandí, que definió el destino de la nacionalidad uruguaya. En el plano de la opinión pública de Buenos Aires su repercusión fue inmensa. El 20 de octubre el Ministro de Gobierno informó al Congreso de las gestiones realizadas en Londres para obtener la mediación británica con vistas a lograr por medios pacíficos la desocupación del territorio oriental por el Imperio. Creía probable la mediación y estimaba que Inglaterra consideraba conveniente que no se produjera un conflicto armado en estas regiones. El gobierno persistió en su actitud de demorar el rompimiento. Dijo el Ministro: "El Gral. Lavalleja forma un poder respetable en la Banda Orien-



El vado del río.
Oleo de Juan Manuel Blanes.

tal y el gobierno puede enviar allí alguna persona públicamente con el objeto de observar e informarse, instruyendo verbalmente a aquel jefe de las medidas y disposiciones que se piensan tomar". Agregó que se podría hacer pasar alguna fuerza a nuestro territorio, sin un rompimiento. Pero la corriente de la opinión pública era cada vez mayor. En la batalla de Sarandí, Lavalleja había derrotado al ejército imperial y penetrado en el espíritu colectivo de Buenos Aires, más vigoroso que las sesudas razones que volvieron a exponerse en las sesiones secretas del Congreso el 21 y 22 de octubre. El 25 el Congreso aprobó en sesión secreta la ley redactada en la víspera, que aceptaba la unidad sancionada por la Asamblea de la Florida y aprobó los poderes del diputado Tomás Gomensoro. Acto seguido fue considerada una minuta de resolución, por la cual todo lo aprobado se mantendría en reserva, sin publicarse "hasta nueva resolución del Congreso General". Este aspecto sería considerado por el Congreso cada doce días. En la discusión de esta original minuta, el Ministro de Gobierno informó que un comisionado había sido enviado ante el General Juan Antonio Lavalleja para imponerle de la decisión adoptada por el Congreso y de las razones por las que se la mantenía en secreto. El proyecto de minuta fue rechazado por 14 votos en 18. El recurso de las decisiones secretas ya no era compatible con el estado de ánimo creado con la victoria de Sarandí.

Pedro Trápani, en carta de 24 de octubre que Lavalleja no recibió, le anunció su viaje. "En aquella carta (le expresó en otra fechada en Colón el día 27) le avisaba de mi venida, cuyos motivos particulares explicaré a Ud. a nuestra vista. Yo me dirijo ahora para San José. Estoy hecho una matraca y voy a ver si encuentro algún carruaje para aproximarme al punto que Ud. me diga. Yo no estoy para estos trotes ya, por mi enfermedad". "Le aviso que tengo precisamente que hablar con Ud., antes de dar los demás pasos que me han confiado por el Poder Ejecutivo Nacional".

El mismo día 27 de octubre de 1825 Lavalleja, a su vez escribió a Pedro Trápani desde Mercedes. Agregaba a su carta el parte detallado de la batalla de Sarandí, sobre la cual hace muy interesantes consideraciones, que pueden leerse en el texto del documento que damos a conocer en este fascículo. Su espíritu de decisión para la lucha, para salir de la incertidumbre, contrasta con la política de la espera sin término que dejaba librado a las contingencias externas el destino de la revolución oriental. "Yo he manifestado en mis anteriores —expresa— la necesidad de exponer la suerte de nuestro país, pues de lo contrario nos hubieran dado una muerte pausada, a su tiempo tendré el gusto de manifestar a V. y al público los motivos que me impelieron a decidirme al ataque y creo ciertamente que la justicia me sobra".

En 1825 llegó a la plenitud la vida pública de un gran uruguayo. El mismo año de la Patria, y no por mera coincidencia ya que entre Juan Antonio Lavalleja y la nacionalidad mediaba una profunda transustanciación histórica. Largos habían sido los servicios del soldado. Llenos de una profunda y no estruendosa abnegación. Porque los gestos de Lavalleja nunca respondieron a un entusiasmo irreflexivo ni a un brusco despertar de la conciencia. No necesitó el rayo de Damasco para saber dónde estaba la luz de su estrella. Todo en él habla de medida, de equilibrio, de atenta observación. El amor en su vida pública como en su vida privada, respondió a una lenta germina-

ción; y lo exteriorizaba con actitudes de inquebrantable fidelidad.

Estas, sus grandes cualidades, no sobrepasan la medida común de los valores humanos auténticos. Pero había en él otros tonos que levantan su figura, en el espacio y en el tiempo, Lavalleya sabía bien qué precio es menester pagar por la libertad. Por eso había afrontado tantas veces la muerte en los tiempos heroicos de la Patria Vieja. Por eso soportó estoicamente su prisión de tres años en la Isla das Cobras. Por eso, apenas regresado del exilio, continuó la resistencia a la fuerza usurpadora. Sirvió al primer destello de amanecer, siguiendo el impulso del Cabildo representativo de Montevideo en 1823.

Volvió a padecer persecución y destierro y volvió también a comer el pan de la angustia del proscripto. Vehemente e impetuoso, la cruzada fue su obra. Y toda la locura sublime de esa epopeya se templó con la sesudez, la disciplina, la organización, que dieron su sello al movimiento regenerador de 1825. Y éste también fue su obra.

El 25 de agosto realizó su sueño político. El 12 de octubre su sueño guerrero. Es curioso este proceso. Curioso pero comprensible. Mientras todas las exhortaciones que le llegaban de Buenos Aires, incluso la de amigos fieles, le aconsejaba prudencia, cautela, medias tintas, él, el hombre sesudo y equilibrado, volvió

a la locura heroica y ordenó la carga de Sarandí. Héroe de la resistencia, se convirtió en héroe de la redención.

¿Por qué desobedeció esa exhortación a la prudencia? Lo dice bella, insuperablemente, en la carta a Trápani antes citada: no podía soportar la muerte lenta de la Patria.

Los hombres en quienes el entusiasmo y el amor se velan con misteriosos pudores, llegado el momento, juegan a cara o cruz su destino y el de la causa que sirven. Supremo Juicio de Dios. Porque el Sentenciador ha entregado al pampero que no muere, el lema que jamás ha de morir: Libertad o Muerte.



EL 25 DE AGOSTO EN LA TRADICIÓN NACIONAL

"Fue tan atrevida como magnánima la declaración de nuestra independencia pues ella no era sino la expresión de un íntimo sentimiento del alma, pero que para hacerla efectiva, era preciso lanzarse a una lucha desesperada e incierta que ofrecía bien pocas posibilidades de triunfo si no estuviese decretado por la Providencia que los pueblos que quieren ser libres, llegan a conseguirlo por más obstáculos que encuentren en su camino. La declaración de nuestra independencia fue pues un sentimiento espontáneo de los orientales y no una concesión extraña como quieren hacerlo creer los que no respetan la nacionalidad porque no la sienten en su corazón. El tratado preliminar de paz con el Brasil, consecuencia de la célebre victoria de Ituzaingó en que no tuvieron poca parte los orientales, no hizo sino venir a sancionar lo que ya era un hecho aceptado y sostenido por la Nación y a ratificar la independencia que tres años antes se había proclamado".

Fermin Ferreira y Artigas

El Siglo. 25 de agosto de 1867.

legendario de los Treinta y Tres recibía en ese día la consagración de la soberanía del pueblo. Rodeados todavía por las fuerzas del Conquistador, los Representantes de la Florida declaraban al mundo que el pueblo Oriental se inscribía por su espontánea voluntad en el registro de las naciones libres".

El Siglo. 25 de agosto de 1868.

"Yo considero que los orientales o lo que hoy se llama Nación independiente, libre y soberana, hizo esa declaración clara y terminantemente en la Florida y que a esa declaración los dos Gobiernos, tanto el Brasileño como el Argentino, no tuvieron más remedio que rendir homenaje a esa declaración hecha por los orientales solos el 25 de Agosto en la Florida. Ahí está el acta levantada por los que representaban la soberanía del pueblo oriental, y ¿no se ha realizado merced a la decisión y energía con que los orientales abandonando todo para luchar contra el Imperio; y no fue contra todo que declararon solemnemente que los orientales solo pertenecían a sí mismos; no vino la guerra que esos mismos orientales sostuvieron a las órdenes de su primer jefe el general Lavalleya y los treinta y tres

que vinieron a rescatar el país de la dominación extranjera que fue cuando se hizo esa declaración a la que espontáneamente se adhirieron todos los orientales? Por consiguiente nada veo que sea desdorado para la nacionalidad oriental, nada absolutamente. No se puede negar que esos gobiernos se vieron en la necesidad de someterse a la voluntad del pueblo Oriental como se sometieron".

Alejandro Chucarro. 1873

El 3 de julio de 1889 la Comisión de Legislación de la Cámara de Representantes integrada por Luis Melián Lafinur, Martín Aguirre, Manuel Herrero y Espinosa y Abel J. Pérez, se refirió "al hecho grandioso de la declaración de la Independencia de 1825", al aconsejar la sanción de un Proyecto de Ley, aprobado el 29 de abril de 1890, cuyo artículo expresa: "Artículo 1º Encárgase al artista nacional Don Pablo Nin y González, un cuadro caligráfico de gran formato, comprensivo de la Ley declarativa de la Independencia Nacional sancionada en la Florida el 25 de agosto de 1825".

"Hoy la República Oriental solemniza el recuerdo de la más grande y más pura de sus glorias. El heroísmo

LA BATALLA DE SARANDI

por el coronel Juan Beverina

El triunfo que en forma tan imprevisible alcanzaron los orientales el 24 de setiembre en el *Rincón de Haedo* o de las *Gallinas*, tuvo el principal resultado de inmovilizar en *Mercedes* las fuerzas del general Abreu, pues ellas no sólo habían quedado a pie una vez que los vencedores se apoderaron de todos los caballos existentes en el *Rincón*, sino también porque, reducidas a pequeño número después de la marcha de Bento Manuel Ribeiro a Montevideo, quedaban imposibilitadas para operaciones de una cierta amplitud contra los centros de reunión de las milicias adversarias en *Durazno* y *Florida*. Ni era a presumir que la situación del grupo imperial en *Mercedes* se modificase en breve por la llegada de refuerzos, pues los que con tal propósito habían acudido de Río Grande a las órdenes del coronel Jardín fueron destruidos en la acción del 24 de setiembre.

A pesar de esta ventaja no despreciable, la situación de los orientales conservaba toda su gravedad. El Gobierno de las Provincias Unidas parecía reacio a asumir una actitud concordante con el voto de unión expresado el 25 de agosto por la Asamblea de la Florida. El Congreso General, en laboriosas sesiones secretas, discutía el asunto de la reincorporación, manteniéndose al respecto una reserva tan absoluta, que ningún indicio permitía vislumbrar la posibilidad de una pronta resolución favorable. La línea del Uruguay no había sido ocupada aún por un solo soldado del Ejército nacional, a pesar de la urgen-

cia reconocida por la ley del 11 de mayo al crear el cuerpo de observación.

Y, mientras tanto, el poder del enemigo en la Provincia Cisplatina se conservaba muy sólido, pues, además de las numerosas tropas que ocupaban Montevideo y Colonia, en la primera de las dos plazas existían los novecientos hombres de la columna volante del coronel Bento Manuel, los que, reforzados por el general Lecor con unidades móviles de la guarnición, podían de un momento a otro, conducidos por su habilísimo jefe, entrar en actividad y con atrevidas maniobras introducir el desconcierto en los planes de sus adversarios.

Además en la frontera del *Yaguarón* el coronel Bento Gonçalves-guerrillero tan audaz como Bento Manuel —disciplinaba las milicias de aquel departamento y reunía un grupo de partidarios que, a la primera orden, podían penetrar en territorio oriental para obrar en combinación con las fuerzas de Montevideo.

Los jefes militares de la revolución, si bien entusiasmados con el triunfo del 24 de setiembre, no ignoraban que la situación propia era siempre desfavorable. La calma de los días que siguieron al combate del *Rincón* no podía ser sino momentánea, pues Bento Manuel —prototipo del hombre de acción— no se avendría a permanecer inactivo en Montevideo, especialmente después de conocer la vergonzosa derrota infligida a las armas imperiales por un puñado de insurgentes.

Por otra parte, la inseguridad respecto al momento en que las fuerzas enemigas entrarían en actividad, como también a la dirección hacia la cual serían llevadas las próximas operaciones, aconsejaba al general Lavalleja una actitud de espera, a fin de que una acción prematura o irreflexiva de las milicias orientales no diese en el vacío o permitiese al adversario la obtención de un fácil y anhelado desquite.

Así, pues, hasta descubrir las intenciones y las maniobras que el enemigo no tardaría en poner en evidencia, el brigadier Lavalleja juzgó prudente conservar el actual fraccionamiento de las milicias orientales: la agrupación más importante, a sus inmediatas órdenes, concentrada en *Florida*, y el brigadier Rivera, con una división de mil hombres, en los alrededores de *Durazno*. Manuel Oribe, frente a Montevideo, e Ignacio Oribe, destacado hacia *Cerro Largo*, quedaban en observación de los movimientos que pretendiesen realizar hacia el interior tanto la columna de Bento Manuel y las tropas de Montevideo como las fuerzas de Bento Gonçalves. La naturaleza de los informes de aquellos jefes determinaría la conducta a seguir en las distintas situaciones que pudieran presentarse.

Plan ofensivo de los imperiales

La llegada de la columna de Bento Manuel a Montevideo a mediados de setiembre hizo entrever al general Lecor la posibilidad de emprender operaciones serias para sofocar la insurrección, que cada día se intensificaba en el territorio de su jurisdicción.

Discutido el respectivo plan de campaña entre Lecor y Bento Manuel, quedó acordado que éste, reforzado con tropas de las tres armas sacadas de la guarnición de Montevideo, avanzase hacia *Minas* para reunirse a la columna de Bento Gonçalves, a quien se enviaron órdenes de marchar por *Cerro Largo* al encuentro de las fuerzas expedicionarias que saldrían de Montevideo. Efectuada la reunión de las dos agrupaciones, Bento Manuel, al frente de una división de dos mil hombres de las tres armas, perfectamente armados y montados, debía maniobrar en forma de perseguir y concluir con el ejército revolucionario, "antes de que llegase el fuego de la revolución a la Provincia de San Pedro de Río Grande".

Es indiscutible la oportunidad de la idea ofensiva que encierra el plan



Plaza de Canelones. Vista del costado Oeste.
Acuarela original de Juan M. Besnes e Irigoyen. Biblioteca Nacional.



Plaza de Canelones. Vista del costado Este.
Acuarela original de Juan M. Besnes e Irigoyen. Biblioteca Nacional.

concebido por los jefes imperiales para sofocar la insurrección, que durante varios meses ha podido extenderse sin trabas en todo el interior del territorio. En cambio, la dirección hacia la cual serán llevadas las operaciones acusa en los autores del plan un falso concepto de las exigencias militares que debían asegurar el éxito decisivo.

A nadie escapa, en efecto, que una acción victoriosa llevada desde el Este por los imperiales contra las milicias adversarias en *Florida*, permitiría a los jefes orientales la retirada sobre el Uruguay y hasta ponerse en salvo de la persecución y de un total aniquilamiento, pasando a Entre Ríos. Al contrario, un avance de Bento Manuel por la zona situada al oeste de los centros de reunión de las milicias orientales, al interponerse entre éstas y el río Uruguay, quitaría al enemigo toda esperanza de salvación después de la derrota y aseguraba la finalidad del plan de campaña.

Cierto es que los imperiales, en caso de obrar en esta última forma, debían renunciar a la idea de la reunión previa de las fuerzas de Bento Manuel y de Bento Gonçalves. Este inconveniente, empero, podía ser subsanado con creces, aumentando el contingente de las tres armas que la guarnición de Montevideo debía entregar a Bento Manuel, para lo cual existían en la plaza abundantes elementos de todo orden, pudiendo, además, la columna de Bento Gonçalves entrar independientemente en actividad desde *Cerro Largo* hacia *Florida* o *Durazno*, para obligar al adversario a debilitarse, distrayendo fuerzas para contener su avance.

Bento Manuel inicia las operaciones

Bento Manuel, cuyo ardoroso carácter no se conformaba con la inacción en que había permanecido durante quince días dentro de los muros de Montevideo, no quiso esperar a que el general Lecor hubiese terminado el apresto de todo el contingente de las tres armas que había destinado

para refuerzo de su columna. Así que el 2 de octubre, con 400 hombres montados de la guarnición, que incorporó a los 900 por él traídos de *Mercedes*, se puso en marcha hacia *Minas*, a fin de esperar en sus inmediaciones la llegada de la columna de Bento Gonçalves, para recién dirigirse contra las fuerzas adversarias concentradas en *Florida*.

Lavalleja no tardó en ser informado respecto de la salida de Montevideo de la columna expedicionaria de Bento Manuel. El coronel Manuel Oribe, después de dejar una parte de su destacamento en observación de la plaza, habíase pegado a la columna enemiga para vigilar sus movimientos y descubrir sus intenciones.

Por una comunicación interceptada supuso, además, que Bento Gonçalves había recibido órdenes de Lecor de marchar a reunirse a Bento Manuel en la dirección de *Minas*, para abrir después operaciones activas contra las fuerzas orientales. El comandante Ignacio Oribe no tardó en anunciar la iniciación de aquel movimiento por el jefe enemigo, el cual había comenzado su avance por *Cerro Largo* hacia el sur.

Lavalleja se dispone a la resistencia

En posesión de estos datos, que descubrirían cuál era el plan de los imperiales, Lavalleja se limitó a ordenar al brigadier Rivera que se trasladase con su división a la *Horqueta de Sarandí*, para disminuir así la distancia que separaba las agrupaciones de *Durazno* y de *Florida*, pudiendo, en adelante, la reunión general efectuarse en pocas horas hacia cualquiera de los dos puntos no bien la dirección de avance y la actitud del enemigo permitiesen penetrar sus intenciones definitivas.

Llegado con su columna a *Minas*, Bento Manuel, en contra de lo establecido en el plan combinado con Lecor, resolvió adelantarse al encuentro de Bento Gonçalves, a fin de

acelerar la reunión de las dos fuerzas. Esta se realizaba el 10 de octubre "entre el segundo y el tercer gajo del (arroyo) *Mansavillagra*", como consta en el parte del combate de *Sarandí*, elevado el 26 de octubre por el general Lavalleja.

El coronel Oribe, que desde Montevideo venía observando la marcha de la columna de Bento Manuel, habíase apresurado a enviar al Comandante en jefe la noticia de la reunión de las fuerzas adversarias sobre el *Mansavillagra*. El parte del jefe de la vanguardia fue recibido el mismo día 10 por Lavalleja, quien se limitó a tomar las siguientes disposiciones: mantener la dislocación existente de las fuerzas; aprestar las tropas para poder moverse en cualquier momento; ordenar al brigadier Rivera de estar listo en sus vivaques para la reunión general tan pronto como recibiese el correspondiente aviso; enviar por último, al jefe de la vanguardia —coronel Oribe— la orden de retroceder a medida que el enemigo avanzase, pero sin perder el contacto con él, para reunirse a las fuerzas de la *Horqueta de Sarandí* o de *Florida*, según fuese la dirección en que marchasen los imperiales.

En la mañana del 11 de octubre el jefe de la vanguardia de los orientales enviaba un nuevo parte al general Lavalleja, informándole de que el enemigo en la tarde anterior y después de algunas horas dedicadas al descanso, habíase puesto en marcha desde el arroyo *Mansavillagra*, pero que todavía no era posible determinar con exactitud su definitiva dirección de avance a causa de los continuos cambios de rumbo a que lo obligaban en su marcha los accidentes del terreno.

No creyó Lavalleja que la situación exigiese modificar las órdenes ya impartidas, pues subsistía la incertidumbre respecto al objetivo de la marcha de Bento Manuel. En consecuencia, resolvió esperar noticias más completas que le sirviesen de base para una resolución definitiva.

Estas llegaron al anochecer del 11 de octubre: el jefe de la vanguardia comunicaba que los imperiales seguían francamente en dirección a las puntas del arroyo *Castro*, cual si pretendieran caer sobre las fuerzas de Rivera situadas en la *Horqueta de Sarandí*.

Calculando que en las primeras horas del siguiente día los imperiales podían alcanzar la costa del arroyo *Sarandí*, Lavalleja resolvió levantar su campo y marchar durante la noche con todas las fuerzas de *Florida* a la *Horqueta de Sarandí* para estar en condiciones de ofrecer combate al enemigo. Envié avisos al brigadier Rivera de la resolución tomada por el Comandante en jefe, y al coronel Manuel Oribe se le ordenó que se reuniese con la vanguardia al grueso, dejando pequeñas partidas en observación del enemigo.

La operación dispuesta por Lavalleja se ejecutó sin tropiezo: a las dos de la mañana del 12 de octubre la vanguardia se incorpora al grueso, y tres horas después las fuerzas de *Florida* efectúan su reunión con las situadas en la *Horqueta de Sarandí*.

El despliegue de los adversarios

Entregados aún los orientales a las expansiones motivadas por la alegría de verse reunidos, son llamados bien pronto a la realidad por los partes de las patrullas de observación, que anuncian que el enemigo se encontraba a tres kilómetros al este del arroyo *Sarandí* y que avanzaba sobre el campo de los orientales.

Lavalleja da la orden de mudar de caballos, operación que es imitada por los imperiales al llegar a la vista del enemigo. Quedan así los dos adversarios en presencia y en disposición de entrar en combate.

(Ver el croquis). Entre las dos fuerzas contrarias quedaba interpuesto el arroyo *Sarandí*, Lavalleja, situado a dos kilómetros al oeste del arroyo, resuelve esperar que los imperiales lo pasasen para recién salirles al encuentro y atacarlos, teniendo aquellos el obstáculo en su retaguardia.

Comprendiendo la intención del enemigo, Bento Manuel se inclina a su izquierda a fin de despuntar el arroyo para poder combatir en un campo libre. Descubierta el nuevo movimiento del adversario, Lavalleja

avanza a su encuentro, y después de oblicuar a la derecha para tomar el nuevo frente a que lo obliga la maniobra de Bento Manuel, despliega rápidamente sus tropas para el combate.

Con excepción de una pequeña unidad de infantería montada —la compañía de *Tiradores de Maldonado*, situada en el frente del ala derecha— y de un cañón de montaña de a cuatro libras, el resto de las fuerzas orientales, cuyos efectivos ascienden a más de dos mil hombres, está formado por caballería; su armamento principal consiste en lanzas y sables, siendo bastante escasas las armas portátiles de fuego.

Las tropas imperiales, que sumaban 1.700 jinetes "excelentemente montados y armados", y una buena parte de los cuales —seiscientos hombres— pertenecían a las tropas de línea (cuatro escuadrones de los regimientos número 3, 4 y 5 de caballería y refuerzos sacados de Montevideo), no tardaron a formar a su vez en batalla sobre una sola línea, sin dejar unidades de reserva y constituyendo el centro con los escuadrones veteranos.

El combate

En esta formación y favorecidos por los accidentes del terreno, los imperiales continúan avanzando hasta llegar a trescientos metros de la línea de los orientales, en cuyo momento Lavalleja ordena la carga general, que será llevada al arma blanca y sin disparar un solo tiro. *Carabina a la espalda y sable en mano*, sería la ya famosa orden dada en esa oportunidad por Lavalleja.

Bento Manuel espera a pie firme la acometida: al llegar el enemigo a distancia eficaz, una descarga cerrada acoge a sus escuadrones, y los imperiales avanzan después intrépidamente al ataque.

El choque entre las dos masas es formidable: choque de centauros, que pone en evidencia el valor y la gallardía de la raza. Las dos alas de Lavalleja, combinando la acción frontal con un movimiento envolvente, logran rechazar las unidades enemigas que tienen al frente y que están a las órdenes de Bento Manuel y de Bento Gonçalves. El centro imperial, en cambio, compuesto de tropas de línea, desbarata fácilmente las fuerzas orientales del centro, mandadas por Manuel Oribe. Sin embargo, este éxito parcial no puede ser explotado a

fondo por los vencedores, pues bien pronto acuden a restablecer la situación en esa parte de la línea el coronel Olivera con la reserva y algunas unidades de las alas victoriosas, que logran envolver y rendir a la mayor parte de los escuadrones del centro imperial, el cual habíase también debilitado a causa del envío del escuadrón del número 3 hacia el ala derecha en apoyo de Bento Gonçalves.

Pocos minutos han bastado para decidir la acción y para que la derrota de los imperiales se pronuncie en una forma completa.

La persecución

A poca distancia del campo de combate habíase reunido un fuerte grupo de los derrotados, en número de 400 hombres; mandábalos el mayor Alencastre, jefe de los escuadrones del número 5 de caballería de línea, quien se manifestaba decidido a oponer una nueva resistencia a los vencedores. Hacia allí convergen inmediatamente los jefes orientales con sus tropas, que logran rodear y rendir totalmente a esa fuerza.

Este episodio ha permitido a Bento Manuel ganar una cierta delantera al enemigo. Con quinientos hombres que han podido salvarse de la dispersión y del exterminio, aquel se dirige a pasar el río *Yí* en el paso de *Polanco*: operación que efectúa libremente, para seguir después hacia el norte para guarecerse en Río Grande.

Lavalleja no había tardado en impartir las órdenes para una persecución a fondo de los dispersos que seguían a Bento Manuel. Rendido el grupo del mayor Alencastre, el comandante en jefe de las fuerzas vencedoras dispuso que éstas regresasen al campo de batalla. El brigadier Rivera, con el regimiento *Dragones de la Unión*, el escuadrón de *Tiradores* y las milicias de *Maldonado*, debía perseguir a Bento Manuel hasta alcanzarlo y destruirlo. El coronel Laguna, con las milicias del *Yí* y *Río Negro*, efectuaría una persecución paralela, pasando al efecto el *Yí* en *Durazno*, para tomar después la dirección hacia el nordeste, buscando cortar la línea de retirada de los imperiales.

Llevada la persecución con escasa energía, ni Rivera ni Laguna pudieron impedir que el grupo enemigo de Bento Manuel se pusiese en salvo al norte del *Río Negro*. El 15 de octubre

el brigadier Rivera resolvió suspender la persecución y regresar a Durazno, a pesar de haberle escrito a Lavalleja "que confiaba en su capacidad y en que tomaría todas las providencias para la persecución del enemigo".

Sarandí victoria trascendental

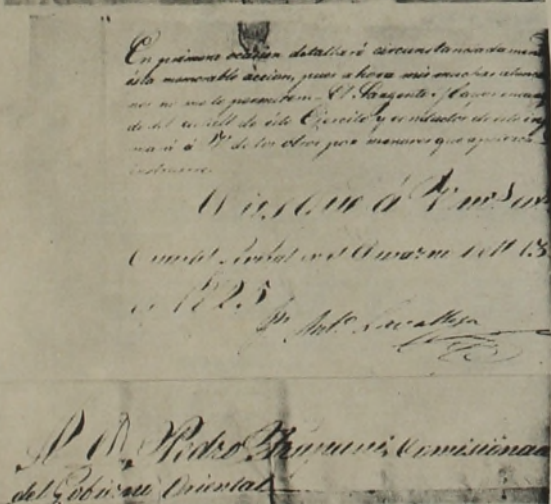
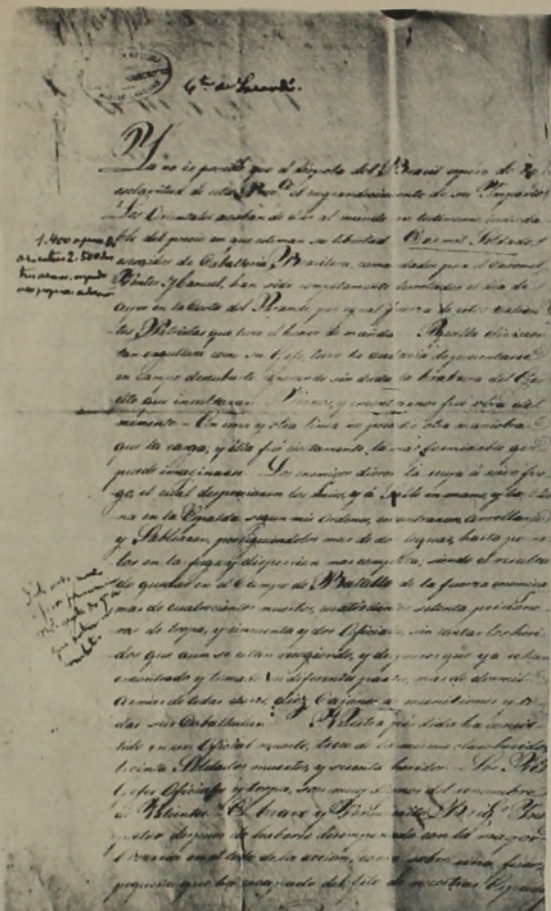
De los 1.700 hombres con que Bento Manuel inició el combate, 400 quedaron sobre el campo, la mayor parte muertos en la persecución inmediata, en la cual tuvieron un terrible empleo el lazo y las boleadoras, que no desmintieron la probada eficacia que ya los había convertido en las armas legendarias de la guerra gaucha.

Quinientos soldados y setenta oficiales constituyeron el lote de prisioneros. Considerable fue también el armamento caído en mano del vencedor: 1200 carabinas, 840 sables, 650 pistolas y mucha munición; botín que resultó sumamente valioso, pues permitió proveer con él a las milicias en cuyas filas escaseaban las armas de fuego.

El combate de Sarandí, al igual del de Junín, constituye el encuentro típico de caballería. La acción, que se desarrolla en una forma instantánea se resuelve siempre a favor de aquel que logra conservar mayor cohesión en el empuje de la masa y que con las disposiciones del comando superior y la iniciativa desarrollada por los inferiores se asegura la cooperación de todas las unidades hacia el fin exclusivo: alcanzar la victoria.

El triunfo de los orientales en Sarandí, más que a su pequeña superioridad numérica —que, por otra parte, quedaba neutralizada por el mejor armamento y la mayor preparación de las tropas de Bento Manuel— es debido a las oportunas disposiciones que Lavalleja imparte para el combate, superiores a las que toma su adversario.

Bento Manuel se empeña en un simple ataque frontal, el que, a pesar del éxito que logran las unidades del centro, fracasa lamentablemente por la mala elección del punto en el cual sitúa sus mejores tropas, que se ven completamente rodeadas por los móviles escuadrones orientales. La ausencia de reserva en el dispositivo de combate de los imperiales no sólo impide restablecer la situación en las



Primer parte de la batalla de Sarandí dirigido por Lavalleja a Pedro Trápami el 13 de octubre de 1825. Original en la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro con anotaciones del Barón de Rio Branco.

alas derrotadas, sino que obliga a sacar fuerzas ya empeñadas en la acción —el escuadrón del número 3— para socorrer la derecha de Bento Gonçalves, dejando así un claro muy peligroso, que permite al enemigo penetrar en él, rodear a los otros escuadrones del centro y transformar en un fracaso el éxito ya obtenido.

En contraposición, las medidas de Lavalleja son muy oportunas y harían honor a cualquier comandante de caballería. Tal, en efecto, la resolución primera de esperar que el enemigo avanzase, para cargarlo en el momento favorable (economía de las fuerzas del ganado), y la de constituir una reserva detrás del centro; tal, igualmente, el simultáneo ataque frontal y envolvente de las dos alas del enemigo y la orden de atacar al arma blanca, en atención a la rapidez con que se desarrolla el combate de caballería.

Y en lo que a la conducta de los comandos subalternos se refiere, el mejor elogio a su actuación es el brillante resultado que se obtiene con la oportuna entrada en combate de la reserva y con la acertada cooperación de las unidades victoriosas de las alas, las que, convergiendo hacia el centro,

logran destruir la ventaja allí obtenida por el enemigo.

La persecución inmediata de los orientales, como la prolongación del combate mismo, obtiene sus frutos al obligar a rendirse a los 400 hombres que el mayor Alencastre había reunido a poca distancia del campo de batalla.

El éxito de los vencedores no pudo ser más completo; el enemigo, entre muertos y prisioneros, ha perdido las dos terceras partes de sus efectivos.

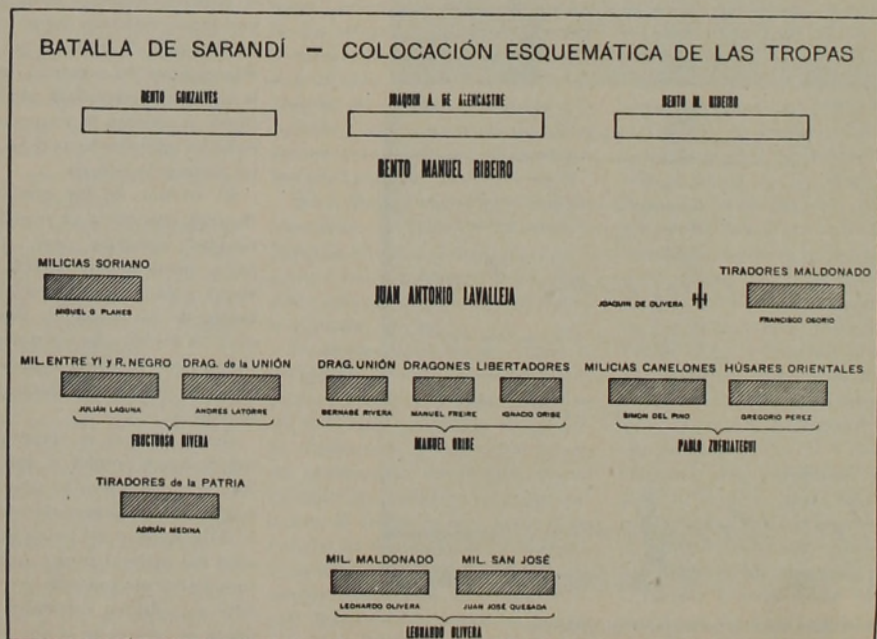
Las consecuencias de la jornada del 12 de octubre fueron múltiples, tanto en el orden político como en el orden militar.

La trascendencia de la victoria, con la demostración de la importancia adquirida por el movimiento emancipador del pueblo oriental, facilitaría al Gobierno de las Provincias Unidas la resolución de romper abiertamente con el Imperio del Brasil, decretando la reincorporación de la Provincia Oriental con la plena conciencia de la responsabilidad que con tal acto se creaba, pues él daría pretexto al Brasil para declarar la guerra. Mas ésta se aceptaba con la confianza en el probado valor de las milicias orientales y con la seguridad de que el país

acudiría en masa a sostener la acción del Gobierno para reconquistar la parte del territorio ocupada arbitrariamente por el Imperio durante diez años.

El prestigio del nuevo Gobierno de la Provincia Oriental, de la cual Lavalleja investía la primera autoridad política y militar con altos poderes, quedaba afianzado sólidamente con esta victoria, ya que, al vencer en forma tan brillante al famoso guerrillero enemigo, se aseguraba la libertad de toda la campaña oriental.

En el orden militar, la victoria de Sarandí logró no sólo destruir un grupo importante y muy maniobrero del enemigo, sino obligar al general Abreu a abandonar con toda precipitación la villa de Mercedes para retirarse a Río Grande. Igualmente, a la par que el aumento de entusiasmo en los habitantes del territorio libertado —lo que redundaba en una mayor afluencia de voluntarios a las filas— el triunfo del 12 de octubre produjo el aislamiento terrestre de las guarniciones de Montevideo y de la Colonia, mientras que el valioso botín tomado al enemigo permitió mejorar y completar el deficiente armamento de las milicias orientales.



Tomado de: Mayor Horacio J. Vico. "La Batalla de Sarandí". Montevideo, 1937.

LA VICTORIA COMPLETA
CONSEGUIDA POR EL GENERAL ORIENTAL

DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA

SOBRE LOS USURPADORES BRASILEROS.

EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1825 EN EL LUGAR LLAMADO

La Orqueta del Sarandí.



ODA.

¡Pueblos oid! ¡Escarmentad tiranos!
La venganza que toman las naciones
De los que insultan sus sagradas leyes,
Es la justicia que el Omnipotente
Hace de los delitos de los reyes.
La cadena de ferreos eslabones
Con que está siempre atado el viejo mundo
Al pie de un insolente
En silencio profundo,
En una época horrible, y ya distante,
Se tendió mas acá del mar de Atlante.
Un día se trozó; y el mismo día
Se vió en los Cielos, aunque tarde, justo,
Un letrado de lumbre que decía:
"Los decretos augustos
"Del único Señor de los humanos
"Hacen libre la América por siempre,
"Y abandonan la Europa á los tiranos."
Y el Brasil? ¡El Brasil cómo consiente
Que en infame sitial, llamado trono,
Un déspota lo insulte,
Y en medio de la América se sienta?
Mas ¿cómo consentir! Ya el trueno rueda
En la cabeza del monarca intruso;
Y en la BANDA ORIENTAL del rico río
El rayo ya estalló!—Bien corto queda,
Bien corto tiempo; y el presagio mío
Tendrá su cumplimiento.—
¡Hombres curvos! ¡Recobrad aliento,
Alzad, alzad las vengadoras manos;
¡Pueblos, oid! ¡Escarmentad, tiranos!
¡Día de salvación y complemento!
Ya amaneciste en SARANDÍ! ¡Orientales!
¡Qué génius os inspiró! ¡Qué génius vino
A escribir nuevamente los anales
Del hombre libre, y su feliz destino,
Con sangre de opresores!
¡Con sangre destinada á una venganza,
¡Por vosotros, humanos, no deseada,
Por ellos, inhumanos, provocada!
Hélos ya bajo el filo—¡Usurpadores!
¡Dí está vuestro poder! —¿No era que un día,
Cuando recien el gérmen se movía
De abrasadora guerra,
En el silencio de donada tierra,
Vuestra faz altanera
De sonrisa insultante se cubriera?
Probad, probad ahora

Cuanto es de fulminante y vengadora
La espada que alza el oriental valiente;
Ved como sabe de laurel de triunfo
Cefir la enhiesta frente,
Y vengarse con muertes á millares
De un solo insulto á sus paternos lares.
Ahí, historia, y muestra en qué regiones,
En qué época del mundo, qué naciones
Presentaron jamás un grupo aislado,
Desvalido, indefenso,
De hombres que, atravesando un río inmenso,
Hasta la orilla opuesta se lanzaron,
Y el fuerte grito de la guerra alzaron?
Era su patria, aquella; era su patria
A esclavitud horrible condenada;
Y á los americanos
Ser patriotas les basta y ciudadanos.
¡Oh querer eficaz del hombre libre!
Ellos pisaron su natal orilla,
El suelo patrio con dolor besaron,
Y, al alzar la rodilla
Que del Eterno ante la faz doblaron,
O pronta muerte, ó libertad juraron.
Todo el Oriente se inflamó al momento
En el fuego sagrado
Que libertad enciende.
No lleva tan veloz el raudo viento
En los estivos meses
La llama abrasadora, cuando prende
En los secos despojos de las mieses.
Y la lid empezó. ¡Pero, empezada,
No la veis acabar! ¡Cuanto sepulcro
En SARANDÍ se ha abierto! Un solo instante
Vió las terribles haces opresoras
Ufanaz, engreidas,
Y el mismo instante las miró perdidas.
Así triunfan los libres: el amago
No puede distinguirse del estrago.
¡Héroes! Si este renombre,
Siempre dado al guerrero,
Pero quizá no siempre verdadero,
Ha sido alguna vez digno del hombre;
Es hoy, cuando mi muna reverente
De aduladora agena,
Con él salud, de entusiasmo llena,
A los incultos hijos del Oriente.

J. C. Varela.



BANDA ORIENTAL. Viva la Patria.

Detalle de la acción que el 12 de Octubre anterior, ganó el Ejército Oriental, sobre los imperiales, al mando del Exmo. Señor Gobernador y Capitán General D. Juan Antonio Lavalleja, en los campos del Sarandí.

Los adjuntos papeles, espero los mandará V. imprimir, y que me mande una buena cantidad de ellos para distribuirlos por la Provincia y que sus habitantes se impongan de las nuevas seguridades con que son garantidos.

El que suscribe saluda al señor comisionado con la mas sincera amistad.

Cuartel general en Mercedes Octubre 26 de 1825.—*Juan Antonio Lavalleja.*
Pedro Lenguas, encargado de la mesa de guerra.—Señor comisionado del Gobierno Oriental en Buenos Ayres.

Sigue el detalle.

Despues de reunirse el día 10: entre el segundo y tercer gajo de Mansevilla-gra las dos divisiones imperiales, constante la una de mil cuatrocientos hombres al mando del coronel Ventos Manuel, y la otra de seiscientos al del sargento mayor Ventos Gonzalez, ambas fuerzas de caballería escogida, segun se manifiesta en las comunicaciones dirigidas al citado coronel por el Vizconde de la Laguna, que logró

interceptar oportunamente, encontrando en ellas la orden de dicho general para que se persiguiese y concluyese con el ejército de mi mando, antes que llevase el fuego de la revolucion á la provincia de San Pedro; no dudé un instante en prepararme con la resolucion de aprovechar la oportunidad que iba á presentarme aquella disposicion del Vizconde, dejándolo bien arrepentido de su necia confianza, y con testimonios que en lo sucesivo le hiciesen mirar con mas respeto, y le enseñasen á conocer los enemigos que tan fácilmente pretende concluir.— Con este objeto permaneci aquel dia sobre el arroyo de la Cruz, disponiendo la division que se hallaba á mis inmediatas órdenes, y comunicando desde allí al señor Inspector D. Fructoso Rivera, esperase mis avisos con la division de su mando, que se hallaba acampada en la Orqueta del Sarandí, cuyo punto no debia abandonar para realizar la reunion de ambos cuerpos en el momento necesario.—Al teniente coronel D. Manuel Oribe que con los escuadrones de Dragones Libertadores de su mando, formaba la vanguardia de este ejército en observacion del enemigo, ordené replegase sobre mi campo, ó el del Sr. Inspector en el caso que aquel emprendiese su marcha á una de estas direcciones, avanzándose á distancia regular para que tambien fuese posible su reunion á mi primer aviso.—Al siguiente dia por la mañana participa el comandante Oribe el movimiento de la fuerza imperial, de cuyas marchas equivocadas no podia asegurarse su verdadera direccion, y en esta duda esperé otro parte que pudiera proporcionarme aquel conocimiento, para levantar mi campo. En efecto, al anochecer repite el referido comandante de vanguardia que el enemigo se dirigia á Castro; entonces ordené la reunion de aquella fuerza avanzada, y advertí al Inspector que en la noche debiamos incorporarnos en su campamento del Sarandí, en cuya costa juzgaba debia amanecer el enemigo, según el cálculo que pude formar de su movimiento, y serian las dos de la mañana del dia doce, cuando se incorporó el comandante Oribe con la expresada fuerza de su mando, y continúe mi marcha graduando el tiempo que restaba de noche, para estar reunido con el Sr. Inspector al aclarar el dia, lo que pude conseguir antes de las cinco de la mañana. En esta hora avisaron las partidas de descubierta que el enemigo se hallaba media legua de la parte opuesta del Sarandí, y en seguida se dejaron ver á menos distancia de nuestro ejército, que á la sazón mudaba caballos con la mayor presteza.—El enemigo se ocupaba en la misma maniobra, y antes de hora y media marcharon á encontrarse ambos ejércitos.—Calculé entonces ventajoso esperar al contrario en la costa que ocupaba para que quedando un gajo del expresado arroyo á retaguardia de aquel, sirviese de obstáculo á su retirada, pero evitaron el encuentro en aquel punto, y marcharon á despuntar el expresado gajo.—Yo me dirigí entonces á su frente, y mandé desplegar la batalla, que la formaron en costado derecho los escuadrones de húsares Orientales al mando de su teniente coronel comandante D. Gregorio Perez, y las Milicias de Canelones al de su sargento mayor D. Simon del Pino.—Centro los escuadrones de dragones Libertadores al mando de su comandante, teniente coronel D. Manuel Oribe, y una compañía de dragones de la Union al mando del capitán D. Bernabé Rivera.—Costado izquierdo el regimiento de dragones de la Union al mando de su coronel D. Andres Latorre, y milicias de entre Yí, y Rio Negro al de la misma clase D. Julian Laguna.—Reserva milicias de Maldonado al mando de su coronel D. Leonardo Olivera, y las de San José al de su coman-

dante, coronel graduado, D. Juan José Quesada, colocandose al frente del costado derecho la compañía de tiradores de Maldonado al mando de su capitán D. Francisco Osorio, y al frente del izquierdo el teniente coronel D. Adrian Medina, con un escuadrón de la misma arma. Al costado izquierdo de los tiradores de la derecha se colocó una pieza de á cuatro, de montaña, mandada por el subteniente de artillería D. José Joaquín Olivera. Fueron los gefes de las citadas divisiones, en la izquierda el señor brigadier inspector general D. Fructuoso Rivera, en la derecha el teniente coronel gefe de Estado Mayor, D. Pablo Suffriategui, en el centro el teniente coronel, comandante de dragones libertadores D. Manuel Oribe, y en la reserva el coronel de las milicias de Maldonado D. Leonardo Olivera. Presentada así nuestra línea, marchaba sobre ella la fuerza enemiga prevaleiéndose del terreno para no ser vista en el todo, y descubierta á poco mas de dos cuadras, mandé cargarla segun tenia dispuesto con anticipacion, haciendo poner á todo el ejército la carabina á la espalda, y sable en mano. Este movimiento hizo desplegar á los contrarios con una rapidez extraordinaria. Un solo instante tardaron los enemigos en descargar sus armas, casi alcanzando á tocar con ellas los soldados de la Patria, los cuales cumpliendo el juramento que acababan de repetir, *de preferir la muerte á la ignominia de la esclatitud*, siguieron imalterables hasta desordenar á cuchilladas toda la línea enemiga que no pudiendo resistir la bravura de los Orientales se pusieron en desordenada retirada, en la cual aunque hicieron una vigorosa defenza solo consiguieron con ella sentir mas el rigor de nuestras armas, dejando mas de dos leguas de campo cubierto de cadáveres, al fin de cuya distancia, del otro lado del Sarandí, pudieron hacer una reunión que contaba treinta y siete oficiales, y cuatrocientos soldados mandados por el teniente coronel Alencastre, la cual fué rendida despues de haber solicitado se les tratase como prisioneros de guerra. En esta pequeña suspension, los gefes Ventos Manuel y Ventos Gonzalez lograron escapar con poco mas de trescientos hombres, que aunque fueron seguidos por una division al mando del señor inspector no fue posible alcanzarlos. = Los enemigos dejaron en el campo de batalla quinientos setenta y dos muertos, ciento treinta y tres heridos, cincuenta y dos oficiales, incluso tres tenientes coroneles, quinientos veinte y un soldados prisioneros, sin contar los heridos; mil doscientas carabinas, ochocientos cuarenta sables útiles, mas de doscientos rotos, seiscientos cincuenta pistolas, cincuenta lanzas, mil setenta cananas, diez mil cartuchos de carabina á bala, y todas sus caballadas, cuyo número se aumentó posteriormente habiéndose rendido el dia 14 al teniente Aguilar que mandaba una partida de veinte y siete hombres en la costa del Arroyo Grande una fuerza de diez y seis oficiales y ciento diez y siete soldados con noventa tercerolas, ochenta sables, y cuarenta y cuatro pistolas, é igualmente en la costa de Maciel el teniente coronel Pedro Pintos, con ocho soldados, todos armados. El ejército de la Patria sufrió la pequeña, pero sensible pérdida, del capitán D. Matias Lasarte, de dragones libertadores, y treinta y cuatro soldados muertos; y heridos, el coronel D. Andres La torre, capitanes, D. Pedro Correa, D. Juan Salado, D. Manuel Wal, y D. Cayetano Pires, tenientes, D. Gerónimo Berrueta, D. Juan Galvan, D. Lucio Donado, D. Tomas Aquillera, D. Felipe Almeida, y D. Juan Fernandez, los alferes, D. Abdon Rodriguez, D. Manuel Andion, y D. Francisco Marquez, y sesenta y siete soldados.

Ningun premio sería bastante digno de los señores gefes, oficiales y tropa que se han hallado en esta accion si por ella no alcanzasen el heroico renombre de libertadores de su patria.—Cuartel general en Mercedes Octubre 26 de 1825.—JUAN ANTONIO LAVALLEJA.—Pedro Lenguas, encargado de la mesa de guerra.

Nota. No se tiene aun conocimiento de los muertos heridos y prisioneros que hasta la fecha se toman por los vecinos y partidas que persiguen los dispersos en todos los puntos de la campaña.



D. JUAN ANTONIO LAVALLEJA,

BRIGADIER, GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL

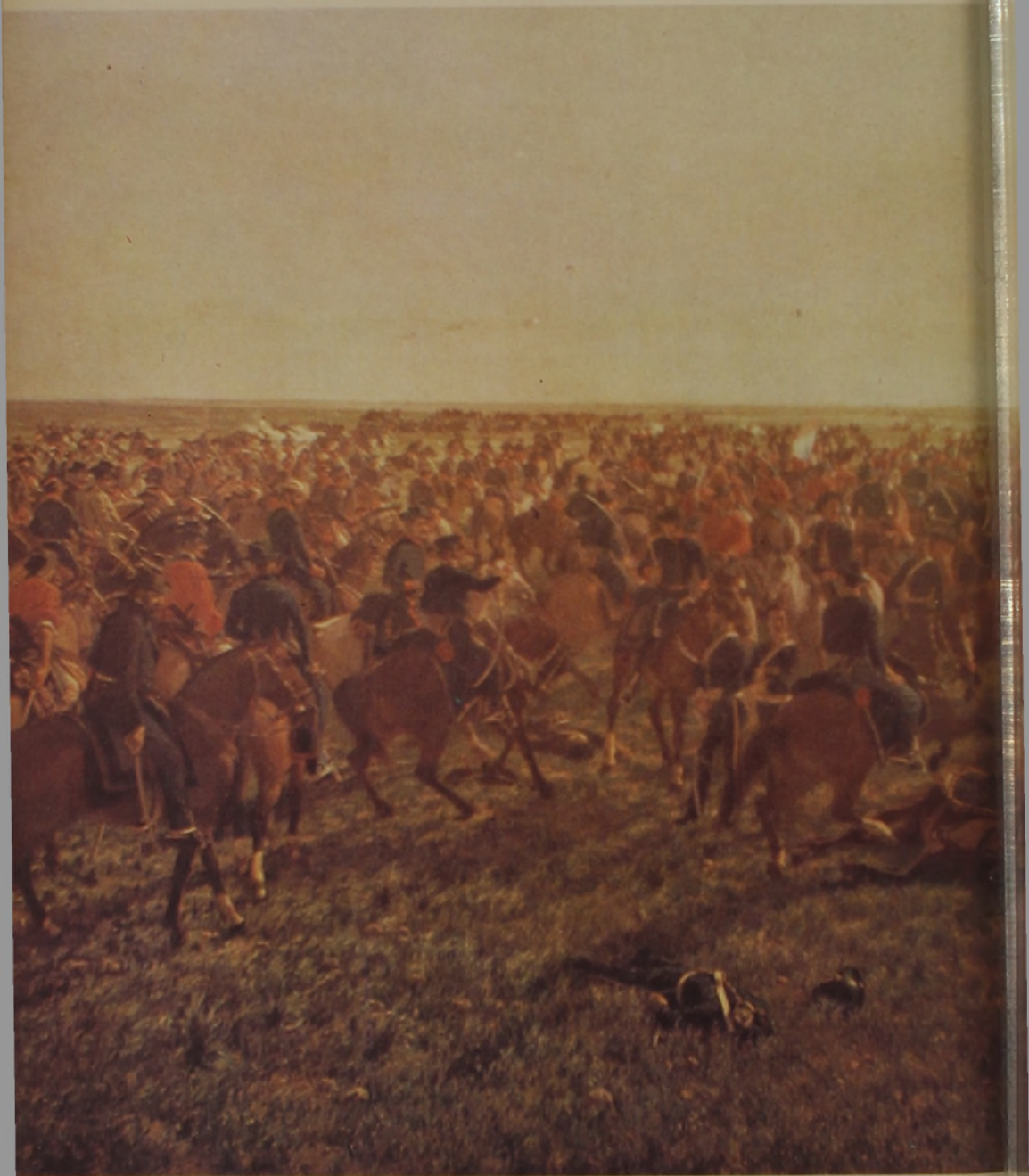
DE LA

PROVINCIA ORIENTAL &c.

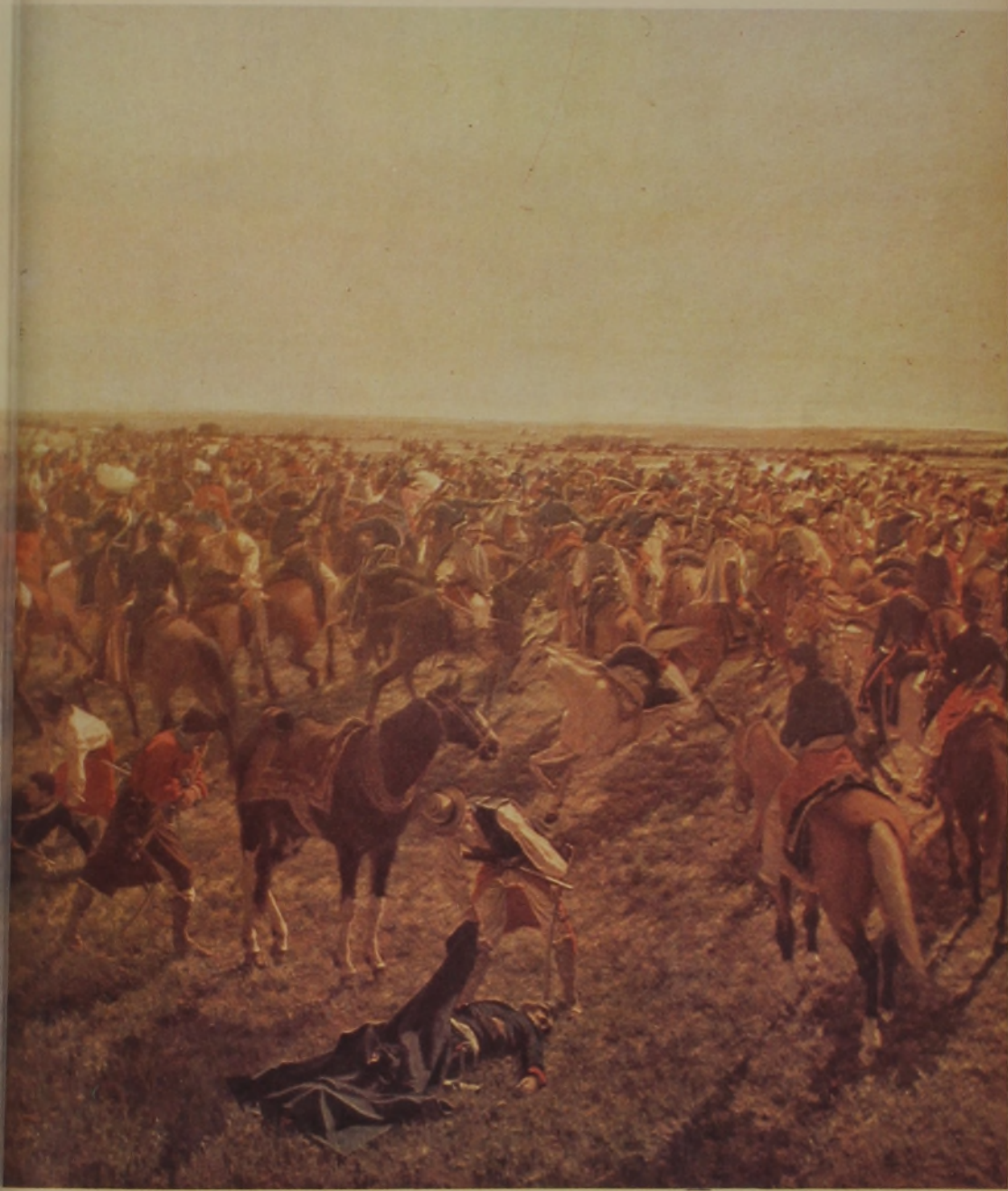
Ciudadanos: el triunfo de nuestras armas ha hecho desaparecer de en...e nosotros á los tiranos opresores de nuestro suelo, y con este motivo se me presenta la ocasion de manifestar á los pueblos, y habitantes de esta Provincia las ideas de liberalidad, y órden con que regla su marcha la autoridad que presentemente los dirige, y que ellos mismos han constituido.—Todos los vecinos que hayan abandonado sus propiedades, y todos los que por opiniones estén emigrados de los pueblos de su residencia pueden volver tranquilos, y seguros de que olvidado todo lo pasado solo sus hechos posteriores serán los que les harán, ó no acreedores á las consideraciones de ciudadano del país, asegurándoles que por la predicha causa nadie será perseguido: bajo esta seguridad tambien pueden venir á ser habitantes de esta Provincia todos los hombres de cualquier nacion que sean, y disfrutarán de las mismas prerrogativas.

Nadie será osado á perturbar en lo mas mínimo la tranquilidad pública sin que sea castigado rigurosamente.—La seguridad individual y las propiedades, son garantidas por la fuerza armada, que el país ha puesto á mis órdenes y por las leyes que al efecto se han dictado; en esta inteligencia: ciudadanos, paisanos, y amigos, vivid tranquilos en la confianza de que cuanto se os dice, será exactamente cumplido por vuestro gefe.—Cuartel general en Mercedes Octubre 24 de 1825.

LAVALLEJA.



La Batalla de Sarandí. Oleo de Juan Manuel Blanes.
Museo Histórico Nacional. Casa de Lavalleja.



LAS ARMAS CON QUE VENCIO LA PATRIA



SABLE USADO EN LA CRUZADA
LIBERTADORA DE 1825.



LANZAS USADAS
EN LA CAMPAÑA
DE 1825



SABLE USADO EN LA CRUZADA
LIBERTADORA DE 1825.



LAZO UTILIZADO COMO ARMA POR
EL EJERCITO PATRIO EN 1825.



BOLEADORAS DE EPOCA UTILIZADAS EN
LA CRUZADA LIBERTADORA DE 1825.



VASO QUE UTILIZO LAVALLEJA Y SU
ESPOSA DURANTE EL CAUTIVERO
EN LA ISLA DAS COBRAS.



ESPUELAS DE HIERRO QUE
PERTENECIERON AL GRAL. LAVALLEJA.



BICORNIO QUE PERTENECIO
AL GRAL. LAVALLEJA.



CASCO IMPERIAL ENCONTRADO EN EL
CAMPO EN QUE SE LIBRO LA
BATALLA DE SARANDI.

SARANDI: UNA BATALLA ENTRE LA REPUBLICA Y LA MONARQUIA

por Juan Carlos Gómez

En 1857 Juan Carlos Gómez, llamado a ser el mayor propagandista del descreimiento sobre nuestro destino de país soberano e independiente, comentó el siniestro producido por un rayo en un marco delimitador colocado en la línea fronteriza. Interpretó el hecho como un presagio. Su artículo fue publicado el 12 de octubre, aniversario de Sarandí. Se trata de una página en la que el Dr. Gómez apreció el significado y la proyección política de aquel hecho de armas, valorando en la oportunidad con acierto su inmensa trascendencia en la historia del Río de la Plata. Reproducimos lo medular de esta página:

"El 12 de Octubre era el natalicio del Emperador del Brasil Don Pedro I, y cuando todo el Imperio rendía a su monarca una ovación de fiestas y saluciones, la espada de los orientales postraba en los campos del Sarandí a la primera monarquía brasileña que la guerra del Río de la Plata arrojó del trono y de la América. El 12 de Octubre de 1825, el cañón de Sarandí anunciaba a Don Pedro I su caída del trono, en medio de las adulaciones de sus cortesanos. La voz del cielo tronaba sobre ese vano susurro de los reptiles de las cortes que trataban de halagar su oído con la música de la lisonja. Es un fallo escrito por la Providencia en los inmutables decretos del destino. Cada guerra del Río de la Plata ha de traer la caída de un monarca en el Brasil. El 7 de Abril de 1831 fue el complemento lógico y necesario del 12 de Octubre de 1825. El presagio del cumpleaños de Don Pedro I fue confirmado por el resultado. El presagio amenazó entonces al monarca solamente, habló a la persona en su aniversario. Sea lo que fuere de estos misterios que se encarga de revelar el tiempo, el día en que escribimos estos renglones nos recuerda que hace treinta y dos años el heroísmo de los orientales quebró para siempre la posibilidad de la dominación brasileña en las orillas del Río de la Plata".

"El triunfo de Sarandí es el hecho más importante, de más trascendencia en el porvenir de los pueblos del Plata, entre todos los que señalaron

la lucha homérica de la república y la monarquía".

"La historia de esa gran guerra no ha sido aún estudiada, porque si tenemos historiadores nombrados por decreto, no ha aparecido todavía el historiador que muestre al pueblo la importancia y la dimensión relativa de cada suceso. Sarandí es el más alto hecho político de la guerra con el Brasil. El general Lavalleja ha podido decir que, como Alejandro, cortó con su espada el nudo gordiano atado por los siglos a la rueda del carro triunfal de la República. Como la Rusia con Constantinopla, la monarquía portuguesa en América sueña con la orilla del Río de la Plata y ha trazado en el mapa de su política una línea que dice a sus hombres de Estado reservadísimoamente: "Camino de Montevideo". Es increíble la paciencia, la perseverancia, la tenacidad de voluntad que el Portugal y el Brasil han puesto en ese propósito; creían haberlo tomado ya con la mano en 1817, cuando el Cabildo entregó al general Lecor las llaves de Montevideo y acordó en sus actas reservadas pedir la incorporación del Estado a la monarquía. Sólo faltaba para consumar definitivamente ese hecho, ultimar la reacción que contra él debía pronunciarse, que el Brasil había esperado y fue iniciada por los Treinta y Tres. En la batalla de Sarandí debió quedar ultimada la reacción, en los cálculos de la política brasileña. Por eso fue elegido el 12 de Octubre, el cumpleaños del Emperador, para

esa batalla. En efecto, la victoria del Brasil hubiera sellado el hecho de la incorporación, hubiera resuelto para siempre el problema secular de la política portuguesa: el límite del Río de la Plata".

"Jamás el futuro de un pueblo ha estado tan pendiente, como ese día, de la suerte de las armas. Perdida la batalla del Sarandí, ¡adiós esperanzas de emancipación del Estado! Todos los pueblos del Río de la Plata hubieran aceptado el hecho de la incorporación del Estado Oriental al Brasil, y la causa de la República, reconocido en él su propia derrota, ¿quién puede calcular cuáles hubieran sido las consecuencias? Señora la monarquía, con la embocadura del Río de la Plata, de todas las entradas a los diversos países, a quienes sirve de puerta el gran Río; quebrada la causa de la República por el reconocimiento de su propia importancia, que importaría el abandono del Estado Oriental a la conquista, ¿qué serían tal vez los pueblos que nos rodean?"

"La Providencia no podía consentir ese resultado, e inspiró el corazón de los orientales, y templó su brazo para ese terrible combate, en que jóvenes inexpertos en las armas postraron en el campo de batalla a falanges aguerridas y numerosas. Mal armados, con un sable el uno, con una lanza el otro, sin la pericia de las evoluciones, nuestros valientes despedazaron, como leones, en defensa de sus dioses lares y de sus dioses penas, a legiones amaestradas en la guerra por los ejércitos del primer capi-

tán del siglo. Los jefes y los soldados que habían disputado el terreno palmo a palmo a los generales de Bonaparte, sucumbieron al vigor irresistible de jóvenes ciudadanos que peleaban por la libertad de la patria, sin más normas que su fe, sin más táctica que su coraje. Tan completo fue el triunfo de Sarandí, que el número de los prisioneros fue casi igual al de los vencedores. Tan completo fue el triunfo de Sarandí, que la monarquía no pudo conservar ya un solo pedazo del territorio oriental fuera de los muros de Montevideo, y para batirla de nuevo, fue preciso ir a buscarla en el corazón del territorio brasileño. Tan completo fue el triunfo de Sarandí, que a su noticia los demás pueblos

del Río de la Plata, que permanecían indecisos, se pusieron de pie y se lanzaron a sostener con sus armas la causa de la República".

"Sarandí no fue solamente una simple victoria de las armas. Fue, además, un gran suceso de la política. Y como suceso político, su importancia no se reduce a los límites del territorio del Estado, sino que se extiende a todos los territorios republicanos desde el Río de la Plata hasta los Andes. La batalla del Sarandí fue una batalla entre dos principios: la república y la monarquía. Uno de los dos debía quedar postrado en el campo por un siglo. El destino debía decidir en esa batalla a cuál de los dos principios pertenecería el porvenir de

estos países. El destino lo decidió, y su consecuencia fue la caída del Emperador Don Pedro I del trono".

"¡Honor y gloria a los vencedores del Sarandí!"

"En días más difíciles que los actuales cúponos el honor de hacer solemnizar por el Gobierno de que formábamos parte, sin ninguna contemplación de circunstancias, el aniversario de este gran día. Cúponos también el triste deber de poner en la tumba al jefe de los 33, al general del Sarandí, y llevamos a esa tumba una manifestación grandiosa del dolor del pueblo".

("El Nacional". Montevideo, octubre 12 de 1857").

EL 25 DE AGOSTO EN LA TRADICION NACIONAL

"Se ha querido aminorar el mérito de la República con la obra de la Independencia, diciendo que con arreglo al tratado de 1828 debe su libertad el Uruguay a Dorrego y al Emperador don Pedro I."

"Es preciso ignorar en absoluto nuestra historia para hacer semejante afirmación. Podemos proclamarlo bien alto, pocos países han guerreado más que el nuestro para constituir su nacionalidad; la debemos a nuestro valor, a nuestros esfuerzos, a nuestros sacrificios, a veinte años de luchas épicas y hazañas legendarias. Desde 1811 hasta 1830 combatimos sin descanso contra españoles, portugueses, argentinos y brasileños, contra todo poder que pretendiera avasallarnos imponiendo nuestra causa a la conciencia universal. Los políticos de los Estados limítrofes se convencieron de que no habría orden, sosiego ni tranquilidad en esta parte de América mientras no fueran satisfechas nuestras aspiraciones nacionales. La "Banda Oriental para los Orientales" era la enseña de guerra de nuestros padres

cuando se plegaron a la revolución de 1810. Esa enseña flameó en San José, Las Piedras, Espinillo, Guayabos, Carumbé, Catalán, India Muerta, Paso del Rosario, Tacuarembó, Rincón, Sarandí, Misiones, en las victorias y los reveses, en la prosperidad y en el infortunio, en todos los gloriosos y sangrientos episodios del martirologio uruguayo".

"La mayor parte de las naciones redimidas en los últimos siglos, deben su emancipación a la solidaridad internacional, a la simpatía que su causa despertó en los demás pueblos. La poderosa república norteamericana necesitó del auxilio de España y Francia para sustraerse al yugo de la Gran Bretaña; las divisiones chilenas pelearon en Chacabuco y Maipú por la independencia de su patria y por la independencia argentina; los cañones ingleses de Narzimo decidieron la libertad de la Grecia, y en 1859 sangre francesa tiñó el césped de las llanuras en la cruzada redentora de Italia".

"Ituzaingó no deslustra ni marchi-

ta nuestros laureles: fue la reparación y la vindicta de los agravios que se nos infirieron en 1816".

Lorenzo Barbagelata

Agosto 1º de 1909.

"Si negamos la gloria oriental del año 25, compendio civil de nuestra epopeya emancipadora, es para partir de la base de que nuestra vida independiente data del tratado de 1828, fecha ésta que alguien ha señalado como la más apropiada para indicar el punto de partida de nuestro Centenario, y ésto es inadmisibile. Nuestra Independencia no la debemos al tratado de 1828 ni a la constitución de 1830 que fue su consecuencia inmediata. Ella no fue un regalo de la Argentina y del Imperio del Brasil porque nuestra Independencia fue conquistada con la sangre, con el esfuerzo, con el heroísmo y con el pensamiento de los orientales".

José G. Antuña. 1922

Parece la histórica piedra que se levanta a orillas del arroyo Santa Lucía Chico la caparazón inmensa de uno de esos animales que vivieron en la época casi fabulosa en que la flora y la fauna estaban representadas por ejemplares gigantescos, de los cuales se encuentran hoy apenas vestigios fosilificados, como digeridos por la tierra que los tragó en los grandes cataclismos geológicos que trastornaron nuestro planeta. Se diría que está el monstruo tranquilamente echado, tomando el sol a orillas del río que corre mansamente lamiendo sus flancos empotrados en la ribera.

Es un monolito de más de treinta metros de largo, de dorso convexo y superficie rugosa, y puede considerarse como una de esas piedras erráticas de que están sembradas las cercanías de la ciudad de la Florida, que ofrecen los más variados paisajes, aquí pomposos, con todo el lujo de la vegetación forestal, allí agrestes, con toda la aridez del suelo guijarroso, más allá decorada la monotonía de las grandes moles pétreas por grupos de árboles caprichosamente nacidos entre las grietas y resquicios, todo primorosamente puesto de relieve en el engarce del trébol verde que tapiza las laderas y de las gramillas que alfombran las hondonadas.

La Piedra Alta no es sólo un monumento histórico, sino también una obra artística de la naturaleza, situada en un rincón solitario, en el cual aun los espíritus más huraños a los encantos de la madre eterna tienen necesariamente que someterse, subyugados por la apacibilidad del panorama, con una ancha laguna por delante, en cuyo espejo se miran y reflejan el cielo azul y las riberas verdes, tiemblosas las imágenes al verse retratadas en la linfa vagamente rizada por la brisa de la tarde, cruzado el aire por ráfagas moradas de bandadas de torcaes y por fugitivas sombras negras de enjambres de torcos que vuelan en busca del reparo del cercano monte.

Más allá, la corriente se enrula en blancas espumas encespadas por arrecifes ocultos en los senos del río, produciendo un murmullo continuo, arrullador por su monotonía, como esas melopeas con que las madres adormecen en el regazo a sus hijos; y una vez vencida esa resistencia, de

LA PIEDRA ALTA



Fotografía del año 1907.

nuevo se explayan las aguas en la laguna, aquietadas como si descansasen del esfuerzo, ofreciéndose en lámina pulida para que en ella se copien y contemplen todos los detalles del monte que le sirve de frondoso marco.

Resalta, entre el uniforme verde con que se viste la arboleda, el tono rojizo de los sarandíes, cuyo follaje se tiñe con tintas encendidas de ocaño otoñal antes de desprenderse de las ramas para dejarse arrastrar por la corriente, y esta agonía del arbusto que tanta gloria recuerda, parece una nueva vida, como esa resurrección momentánea de la llama en sus últimos fulgores, engalanándose con el color brillante que ostenta el airoso cardenal en su copete erguido como un jopo de altivez y de victoria.

Parece que nuestros antecesores, al elegir aquella piedra enorme para decretar la independencia de la Patria desde su altura, hubiesen querido dar a su obra de titanes, imperecedero cimiento arraigado en las entrañas de la tierra cuya libertad proclamaban, dejando en las costas del Santa Lucía ese indestructible documento, inmune a todas las inclemencias, imborrable para la acción de los siglos, realzando siempre su simbolismo histórico por las galanuras del paisaje que lo rodea, siempre primaveral bajo este cielo benigno que sólo se nubla por regar con fertilizantes lluvias los campos, volviendo a sonreír inmediatamente el sol que fecunda los prolíferos senos de la madre común, engarzado en el eterno esmalte azul.

Desde el suburbio de la Florida, se extiende la colina en rampa suave que va a morir en el río, y como surgiendo de entre las aguas, se levanta en la orilla la Piedra Alta, como una terraza de propósito construida para con-

templar el panorama que la circunda: el monte espeso enfrente, a uno y otro lado el arroyo de caprichoso curso ora explayando en tranquilas lagunas bordeadas de camalotes y espadañas, ora aprisionado dentro de ásperos arrecifes por sobre cuyas puntas retoza la corriente saltando desmenuzada, en rumorosas y juguetonas espumas; detrás el Cerro Pelado, con sus laderas tendidas, y en cuya calvicie refulge con vivisimos destellos una piedra blanca, como si fuese un copo de las nieves eternas que sirven de tocado a los inaccesibles penachos de la cordillera andina, y todo en derredor el perfil ondulado de las lomas verdes, moteadas aquí y allá por las manchas de los ganados que en ellas triscan.

Todas estas bellezas cobran un tinte solemne al caer la tarde, en el hondo silencio que precede al sueño de la naturaleza, entre los fulgores rojos del sol poniente, ennegrecidas las siluetas de los árboles entre el velo de la noche que va gradualmente tupiéndose, dejando apenas entrever las lejanías azuladas del paisaje, hasta que todo se extingue y todo se aquieta en la apacibilidad del crepúsculo, agigantándose la mole de la Piedra Alta en la vaguedad de las sombras, evocando en su mutismo elocuente los recuerdos de aquella jornada memorable en que, despreciando los azares de la guerra, votaron nuestros antepasados la libertad de la Patria, con fe inquebrantable en la victoria que más tarde ciñó su frente con inmarcescibles laureles

Daniel Muñoz

Agosto de 1894.

"La Razón", Montevideo, 25 de agosto de 1894. Pág. 1, cols. 3, 4 y 5.

Juan A. Lavalleja a Pedro Trápani.

Cuartel general en Durazno, octubre 13 de 1825.

Ya no es posible que el déspota del Brasil espere de la esclavitud de esta Provincia el engrandecimiento de su Imperio. Los Orientales acaban de dar al mundo un testimonio indudable del precio en que estiman su libertad. Dos mil soldados escogidos de Caballería Brasileira, comandados por el Coronel Bentos Manuel, han sido completamente derrotados el día de ayer en la costa del Sarandí, por igual fuerza de estos valientes Patriotas que tuve el honor de mandar. Aquella división tan orgullosa como su Jefe, tuvo la audacia de presentarse en campo descubierto, ignorando sin duda la bravura del Ejército que insultaban. Vernos, y encontrarnos fue obra del momento. En una y otra línea no precedió otra maniobra que la carga; y ella fue ciertamente la más formidable que puede imaginarse. Los enemigos dieron la suya a vivo fuego, el cual despreciaron los míos, y a Sable en mano y carabina en la Espalda según mis órdenes, encontraron, arrollaron y sablearon, persiguiéndolos más de dos leguas, hasta ponerlos en la fuga y dispersión más completa; siendo el resultado quedar en el campo de batalla de la fuerza enemiga más de cuatrocientos muertos, cuatrocientos setenta prisioneros de tropa, y cincuenta y dos Oficiales, sin contar los heridos que aún se están recogiendo, y dispersos que ya se han encontrado y tomado en diferentes partes, más de dos mil armas de todas clases, diez cajones de municiones y todas sus Caballadas. Nuestra pérdida ha consistido en un Oficial muerto, trece de la misma clase heridos, treinta soldados muertos, y sesenta heridos. Los Sres. Jefes, Oficiales y tropa, son muy dignos del renombre de Valientes. El bravo y benemérito Brigadier Inspector después de haberse desempeñado con la mayor bizarría en el todo de la acción, corre sobre una fuerza pequeña que ha escapado del filo de nuestras Espadas.

En primera ocasión detallaré circunstanciadamente esta memorable acción, pues ahora mis muchas atenciones no me lo permiten. El Sargento Mayor encargado del detall de este Ejército y conductor de éste informa-

LOS PARTES DE SARANDI DIRIGIDOS A PEDRO TRAPANI

rá a V. de los otros pormenores que apetezca instruirse.

Dios guarde a V. muchos años.

Cuartel General en el Durazno.
Octubre 13 de 1825.

Juan Antonio Lavalleja

A.D. Pedro Trápani, Comisionado del Gobierno Oriental.

II

Juan A. Lavalleja a Pedro Trápani.

Cuartel general, en Durazno, octubre 13 de 1825.

S.D. Pedro Trápani

Cuartel general, octubre 13, de 1825.

Mi estimado amigo: antes de contestar a su estimable *reservada* de 4 del que rige recibida en el campo de batalla recogiendo mis bravos oficiales y soldados que hacía 24 horas estaban abandonados sin tener cómo haber podido suministrarlos con auxilio alguno, por estar ocupados en la persecución de los tiranos. Es imposible poder manifestar a V. el sentimiento que me causaba cuando a las 24 horas después de la acción andábamos buscando nuestros compañeros, y los encontrábamos algunos que se habían arrastrado más de diez cuerdas para encontrar agua para poder apagar la sed que causaba las heridas de las balas, porque la mayor parte o todos están heridos de bala. El motivo que ha habido para tener una pérdida de oficiales tan grande ganando la acción, fue que éstos fueron los primeros que al frente de sus compañías y escuadrones dieron el ejemplo

a sus soldados. Contestando a su estimable quedo impuesto de cuanto en ella me dice a la que contestaré en oportunidad - solo si diré a V. que siempre he dicho que yo en las circunstancias que me hallaba era imposible evitar el choque con las caballerías enemigas, por que éstas dejando en los puntos seguros sus pertrechos podían perseguirme con mucha facilidad, lo que yo no podía hacer sin abandonar mis repuestos etc., etc., y causar un desaliento en las tropas y vecindad mucho más cuando veían una fuerza enemiga tan imponente, y que siempre había vencido, y que estos orientales hoy día son más Doctores que el demonio por que amigo hablándole con franqueza nadie los persuade que Buenos Aires se presta a la lid, mis persuaciones no son bastantes para convencerlos, ellos dicen que sí, pero yo conozco que les queda atravesado en el gañote. Ultimamente, también tenía confianza en mis soldados, que como formados a mi idea conocían lo que podían hacer, y no me he engañado en mi cálculo. Lo que puedo asegurar a V. es que ya podemos decir que nuestra Provincia es libre y no tengo que temer a los enemigos, basta decir a V. que anoche ha sido la primera vez que me he desnudado para dormir desde que salí de Buenos Aires.

El Mayor Velazco se ha portado muy decentemente, tanto en la acción que en lo que le he tenido empleado en el ejército y no he podido menos que acceder a la súplica que me hizo de llevar el parte a V. en esta virtud le oficio a V. para que le facilite cien pesos, para que socorra sus atenciones, él lleva una lista firmada por el Coronel Duarte, para algunas cosas que hacen falta para la infantería puede V. facilitarlas.

Amigo él y Latorre informarán a V. de cuanto ha ocurrido menudamente, no tengo tiempo para nada, estoy muy ocupado y no me es posible detenerme más. Es su amigo

Juan Antonio Lavalleja

P.D. Planes se ha portado divinamente. Va en las fuerzas que persiguen a los dispersos. El conductor le informará de un chasco gracioso pero pesado que le pasó a Planes con el enemigo en el entrevero.

(Rúbrica de Lavalleja)

III

Juan A. Lavalleja a Pedro Trápani.

Cuartel general, octubre 14 de 1825.

Felizmente nuestras armas han dado un golpe a los enemigos, que creo asegurará nuestra libertad; V. tendrá presente cuanto en mis anteriores comunicaciones le he manifestado relativo a motivos que me impedían a dar esta acción decisiva, los que debe V. conocer eran poderosos, y mucho más hubiesen sido si no hubiésemos tenido esta fortuna, pues la decisión de las Provincias hermanas en nuestro favor aún no se han pronunciado de un modo público, y por esta razón hubiesen seguido aquellas causales, que esta victoria ha paralizado.

Quiera el Cielo que ahora acaben de decidirse, y se fije para siempre nuestra unión tan deseada, y por la que me ven tan decidido.

Dios guarde a V. muchos años.
Cuartel general, octubre 14 de 1825.

Juan Antonio Lavalleja

A.D. Pedro Trápani, Comisionado del Gobierno Oriental.



IV

Juan A. Lavalleja a Pedro Trápani.

Cuartel general en Mercedes, octubre 26 de 1825.

He sabido por noticias de los Enemigos, que ha sido tomado prisionero mi mayor de Detall Don Gabriel Velazco, que mandé con el primer parte de la acción de 12 del corriente ganada por nuestras armas. Las comunicaciones en contestación a sus últimas, e instruido bastante para dar explicaciones sobre nuestro presente estado, y aunque dupliqué el parte en un bote que salió de la barra del Sauce, no sé si éste habrá llegado a sus manos.

Ahora sin datos de tener conducto seguro por donde remitir el detall de la misma acción, mando éste para que aprovechando cualquier canoa o bote que se encuentre en la costa, la dirija a sus manos, para que sea público sin demora este memorable día de Gloria que los Orientales han dado a la patria — reservándome duplicar y triplicarlas por conducto seguro, y en el que contemple mejor remitir las contestaciones perdidas.

El que suscribe saluda afectuosamente al Sr. Comisionado.

Cuartel general en Mercedes, octubre 26, de 1825.

Juan Antonio Lavalleja

Pedro Lenguas

Encargado de la mesa de guerra

A Don Pedro Trápani — Comisionado del Gobierno Oriental.

(Documentos originales en el Archivo de Pedro Trápani. Biblioteca Nacional de Río de Janeiro).



Iglesia de Canelones.

Acuarela de Juan M. Besnes Irigoyen. Original en la Biblioteca Nacional.

INDULTO DECRETADO POR EL GRAL. LAVALLEJA DESPUES DE SARANDI

D. Juan Antonio Lavalleja, Brigadier, Gobernador y Capitán General de la Provincia Oriental.

Por cuanto: atendiendo al triunfo conseguido por nuestras armas, sobre los enemigos, en la jornada del día 12; en obsequio de la gloria a que se han hecho dignos los beneméritos ciudadanos de la Provincia, y porque cesen los padecimientos de muchos hijos de ella, que por errada opinión, se ven unos expuestos a perder su suelo, y otros a andar vagando por los montes; he venido en decretar lo siguiente

1º.— Todo individuo que haya desertado de las filas de la Patria, y todo el que esté disperso de aquel día, o se haya separado después, de sus divisiones, queda indultado, con tal que se presenten en el preciso término de quince días a cualquiera de nuestras fuerzas, para ser incorporado al cuerpo a que pertenecía.

2º.— Queda igualmente indultado todo individuo, hijo del país, que desertado, o de cualquier otro modo esté al servicio de los enemigos, si abandonando aquellas banderas se presentase en el término de treinta días, a cualquiera de las autoridades que la Provincia ha constituido; advirtiéndose a los que comprende este artículo, que éste será el último indulto, que a ellos les alcance.

3º.— Todo el que sea comprendido en estos artículos, y vencidos los plazos se aprehenda, será tratado con el rigor que la ley señale a su delito.

Y a efecto que llegue a noticia de todos, circúlese a quien corresponda, y fíjense en los lugares de estilo, para su exacto cumplimiento. Cuartel general en el Durazno a veinte de Octubre de mil ochocientos veinte y cinco, *Lavalleja, Pedro Linguas*: encargado de la mesa de guerra.

Es copia

Pedro Linguas

Encargado de la mesa de guerra

PARTE BRASILEÑO DE LA BATALLA DE SARANDI

CUARTEL GENERAL EN DURAZNO, OCTUBRE 20 DE 1825

Ilustrísimo y Excelentísimo Señor: Desde que pasé el río Negro, no me ha sido posible participar a Vuestra Excelencia los desgraciados acontecimientos de la Provincia Cisplatina, lo que ahora hago. Convencido Su Señoría el Señor Vizconde de la Laguna de que la fuerza del enemigo no excedía de mil seiscientos o mil ochocientos hombres y que el Teniente Coronel Bento Gonçalves tenía bajo su mando cuatrocientos hombres, me ordenó que marchase de la noche al amanecer el día primero del corriente con mil cien hombres a reponer las caballadas con dirección a las puntas de los Limares, reuniese a las mías las fuerzas del mando del mencionado Teniente Coronel Bento Gonçalves y marchase a atacar al enemigo, lo que puse en práctica punto por punto con la mayor rapidez, presentándome el día doce del corriente frente a las fuerzas enemigas a las márgenes izquierda del arroyo Sarandí, inmediato al Durazno, a pesar de que luego me di cuenta de que la fuerza enemiga era superior a la de mi mando en ochocientos o mil hombres; pero acostumbrado a vencer otras en mayor número, y con la ambición de solemnizar aquel día con salvos y vivas a S.M. Imperial, después de la derrota total de los rebeldes, me apresté al combate y ataqué. La escasa disciplina de la tropa, los numerosos muchachos que había y la falta de constancia de los guaraníes, dieron lugar a que el cobarde enemigo saliera vencedor, a pesar de que las tropas regulares rompieron las líneas enemigas y las vencieron, pero siendo después cortados por una fuerza considerable, tuvieron que rendir las armas. Yo me vi envuelto entre espadas enemigas, pero pude salvarme milagrosamente y reunir cuatrocientos hombres, con los que atravesé el río Negro por el Paso de Pereira, haciendo desde allí regresar al Cerrito al Teniente Coronel Bento Gonçalves con las plazas de Cerro Largo y del Regimiento de Milicias de Rio Grande y algunas tropas reunidas en Montevideo, y con las restantes volví a este punto, participándolo así que fue posible, al Excelentísimo Sr. Vizconde de la Laguna y al Excelentísimo Sr. General Gobernador de las Armas, a la espera de que Vuestra Excelencia como única autoridad en la Provincia me comunique sus órdenes. Dios Guarde a Vuestra Excelencia. Cuartel en la Capilla de Nuestra Señora del Libramiento, 22 de Octubre de 1825.

Ilustrísimo y Excelentísimo Señor José Feliciano Fernández Pinheiro.

Bento Manuel Ribeiro — Coronel Graduado.

LAVALLEJA *por Juan Zorrilla de San Martín*

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA PLAZA DE LA CIUDAD DE MINAS, EL 12 DE OCTUBRE DE 1902, POR JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN AL INAUGURARSE LA ESTATUA ECUESTRE DEL GENERAL JUAN ANTONIO LAVALLEJA, JEFE DE LOS TREINTA Y TRES.

SUMARIO

El monumento de la Florida. El Héroe de la Patria. Ahí está. El Himno de los Himnos: la aclamación popular. Cómo nacen las patrias. Artigas el mensajero. La independencia del Uruguay, ley geológica, etnológica, geográfica y sociológica; ley superior a la voluntad de los hombres e irrevocable. La Leona herida. Artigas se ha ido. La expectativa de la patria abandonada. El nuevo ungido. Lavalleja. En la Agraciada, A pie. Una página de Homero. Cheveste volverá, y volverá con caballos. Lavalleja a caballo. El caballo de Lavalleja. Artigas, Rivera y Lavalleja. Los tres vértices.



Estudio para la tela sobre la batalla de Sarandí por Juan Manuel Blanes.

Señores:

Hace veintitrés años, la patria oriental, templo entonces sin altares, erigió el primer monumento a su independencia en la plaza de la Florida. Era aquél un monumento impersonal: era una sonora libertad vestida de blanco, que, sacudiendo en la una mano las anillas de una cadena, extendía los dedos crispados de la otra, en actitud de imprecación, y abría los labios para dar salida a un grito perdurable, mezcla de insulto y de rugido, lanzado contra un ser invisible y odioso, que parecía proyectarse en las honduras de los ojos resplandecientes de aquella resonante mujer de piedra.

Era aquello un espíritu de mármol; pero todos sabemos bien que el instinto popular, que no entiende de abstracciones, buscó y halló en aquel monumento un héroe; pronunció unánimemente su nombre; lo cantaron sus poetas; lo aclamaron sus multitudes. Tras la noble cabeza griega de aquella mujer vibrante, el pueblo veía una cabeza varonil, caucásica pero muy criolla, de rasgos duros pero muy serenos, viva, caliente, tostada por el sol de la patria, conocida de todos, familiar en las almas y en los hogares orientales; el grito que salía de la boca de la estatua era ya descifrado por el pueblo que lo escuchaba, pero que lo sentía, que lo aclamaba; en la piedra granítica que formaba el pedestal del monumento, comenzó desde aquel instante a modelarse por el tiempo la figura que estaba en todos los corazones: la del héroe de la patria designado y ungido por la multitud, que jamás se engaña, cuando, al traves de las edades, levanta sobre el pavés a los hombres —símbolo, y promulga las sentencias irrevocables de la gloria.

Esa figura, señores, latente en el cívico altar de la Florida, ha brotado por fin de la tierra, o bajado del cielo, después de pasar por el fuego lustral, que inmortaliza la forma heroica; se ha movido, buscando el sitio en que debía detenerse; ha atravesado, jinete en su caballo de batalla, las melodiosas colinas de nuestra tierra; ha reconocido en estos cerros, en estos horizontes, en el perfume de la gramilla y del trébol de estos campos, el aliento de su niñez, el sitio bendecido en que se mecía su pobre cuna, en que aprendió de los labios de su madre a pronunciar el nombre de Dios, en que sintió por vez primera el amor a su patria, y por primera vez oyó el mandato de lo alto que lo predestinaba a salvarla, y se ha detenido aquí, y ha sofrenado aquí, entre nosotros, su caballo de bronce, y... ahí está. Para que lo reconozcamos, no ha tenido que pronunciar su nombre; le ha bastado con hacer rodar sobre nuestras cabezas ese grito secreto que brota de sus labios calientes, recién salidos de la fragua; ¡Carabina a la espalda y sable en mano!

Oh, te hemos reconocido, vieja y querida figura protagonista de nuestra leyenda patria. ¿Cómo no reconocerle, si, más que del suelo de tu tierra, has brotado del fondo de nuestras entrañas, como un florecimiento musical de nuestra sangre?

Te hemos reconocido, ¡oh el bravo entre los bravos, oh el bueno entre los buenos! Eres el adolescente aquel que salió de entre estos cerros, para formar entre los primeros en la legión de 1811; eres el más temerario y el más humano al par de los capitanes del padre Artigas; eres el coplero aquel que iba a cantar, al son de la guitarra campesina, los retos de la patria irreflexiva al pie de los bastiones españoles, en las noches estivales del primer asedio de la ciudad cautiva; eres el que, luchando contra ciento, sintió, como en su propia carne, el abrazo de las boleadoras portuguesas en las patas de su caballo, que sólo conocía el temerario camino del peligro; eres el del reto de la Agraciada, el del grito al Sarandí.

¡Sí, eres tú, viejo amigo, viejo símbolo...

¡Presentes, mi general!

Has escuchado el himno de la patria con que acabamos de darte la bienvenida, ese canto litúrgico de nuestras glorias ha cobrado, al resonar en tu honor, una cadencia nueva, como si se hubiera transformado en un himno de justicia. Y has escuchado el canto de los cantos, el aliento sonoro de esa muchedumbre que te aclama enternecida y delirante, para que suba muy alto, para que suba hasta ti, y aún más allá, la primera oración de gratitud que alza tu pueblo al congregarse ante su altar.

¡Presentes, mi general!

Aquí estamos: somos los mismos que te vimos y te aclamamos en la blanca mujer sin nombre de la Florida, si nuestros padres, que entonces lloraban a nuestro lado al aclamarte con nosotros, no están hoy aquí, es porque todos eran viejos, y hoy casi todos han muerto, pero aquí vienen con nosotros nuestros hijos, que han nacido después, y que significan el triunfo de tu nombre y el de tu gloria al través del tiempo; la marcha triunfal de tu recuerdo hacia el porvenir.

Señores:

Saludemos en Lavalleja la encarnación más pura y más genuina de las tradiciones nacionales.

Las patrias, como los mundos, nacen del fondo de los nublados y de las tempestades. Son primeramente una materia cósmica luminosa, un instinto que brota de leyes misteriosas, leyes étnicas, geológicas, sociológicas, históricas, todas ellas emanadas del Supremo Legislador. Son después un hombre, brotado de las entrañas del pueblo y arraigado en ellas, que concentra y que acaudilla esos instintos; son, por fin, una multitud que, empujada por una ley superior a su voluntad, ajusta el ritmo de su alma colectiva al del alma del héroe, afinada a su vez con la divina armonía universal, realiza hazañas legendarias, e impone al fin por la fuerza su voluntad, órgano inconsciente de la voluntad de Dios.

Nuestra patria, señores, la república atlántica subtropical, arranca quizá del instinto innato de libertad salvaje de nuestros primitivos aborígenes. Trozo del continente separado de la región tropical por el clima y segregado también de la región andina por la formación geológica, tenía que ser el núcleo de una nacionalidad independiente. Esa es la armonía.

Bien sabéis vosotros cómo nació. No es el momento de recordar los detalles de nuestra tempestuosa aparición ante el mundo, porque ellos cantan en este momento en vuestra memoria.

Mirad sin embargo, mirad cómo pasa el viejo Artigas



Estudio para la tela sobre la batalla de Sarandí por Juan Manuel Blanes.

por el fondo de aquel resplandor crepuscular, llevando la bandera azul y blanca, cruzada diagonalmente por un golpe sangriento de su espada.

El es el mensajero, es el patriarca; él es el grande, él es el genio, solitario como todos los astros, poseedor del secreto del porvenir oriental, que se movía en la oscuridad de su alma, como se mueve el hombre en las sagradas tinieblas de las entrañas maternas.

El fue el primero que sintió la ley providencial que decretaba la existencia de una patria independiente en este territorio que bañan el Uruguay, el Plata y el Atlántico: una patria que, siendo subtropical, era al mismo tiempo atlántica. El fue el primero que vio, con la clarividencia del que cierra fuertemente los ojos para ver, cómo se desprenden los grandes ríos meridionales de las entrañas de la América, para venir a desembocar en el Plata, formando dos regiones distintas, dos patrias, hermanas pero diferentes, a ambos lados de esos ríos. El comprendió, o más bien dicho, sintió en el fondo de su ser, cómo, por una ley, no sólo sociológica sino también geológica y etnológica, este pedazo de suelo americano tenía que ser el territorio de una patria independiente.

Porque si según las leyes sociológicas, estábamos unidos, por la lengua y las tradiciones españolas, a nuestros hermanos de allende el Plata, que tienen por núcleo geológico el levantamiento de los Andes, según las leyes étnicas pertenecíamos a la formación atlántica del Brasil. Y si éstas nos unían etnológicamente a las antiguas posesiones portuguesas, de ellas nos separaban, no sólo las tradiciones de lengua y de costumbres, no sólo la rivalidad secular de los dos pueblos descubridores, sino también nuestra posición geográfica, que nos separa de los dominios del trópico, y nos marca como el núcleo inmovible de los dos pueblos atlánticos subtropicales de la América Meridional.

Si así como los orientales, señores, amamos fieramente nuestra independencia, dejáramos de amarla algún día, tendríamos que sobrellevarla. Seríamos independientes

son nuestra voluntad, sin nuestra voluntad, y aún contra nuestra voluntad. Y el oriental que renegara de la independencia de su patria, iría a ocupar el sitio más óbreco del infierno del Dante: aquél en que residen los que "non hanno speranza di morte", los que no tienen ni esperanza de morir.

Así sintió a nuestra patria el viejo Artigas; recibió una revelación de lo alto; oyó y cumplió un decreto de Dios.

¡Y cómo cumplió, señores, ese decreto irrevocable!

No lo recordemos cuando levanta el espíritu de la revolución americana en los campos de las Piedras; no lo miremos cuando traza las líneas fundamentales de la democracia del Plata, en sus instrucciones del año 13; no exaltemos tampoco su fe inquebrantable en la existencia de un patrimonio de orientales, que no podía tocarse, que no podía venderse, ni aún al precio de la necesidad. Recordémoslo más bien cuando acosado, perseguido, sintiendo que todo vacilaba en torno suyo huye de la patria en que ya no encuentra sitio para posar el pie; pero huye con el alma y con el cuerpo del Uruguay; con su visión interna que lo envuelve en un nimbo luminoso como el reflejo de un inmenso sol poniente; con sus hijos, con todos sus hijos, y sus familias y su pobre patrimonio; con toda la patria que lo sigue en sus marchas interminables a la luz de las estrellas australes, que marchan presididas por la misteriosa Cruz del Sur que bendice nuestro polo.

Entonces se le ve grande como ninguno entre los héroes de la historia americana. Es la leona herida que va a echarse jadeante, lejos, en el fondo del bosque, al que ha llevado entre los dientes y dando cortos rugidos a sus cachorros, que amamanta para la venganza; es el águila que esconde su nido en las grietas de los picachos inaccesibles y grazna siniestramente desde allí, con las plumas erizadas por los vientos de tempestad que sacuden los horizontes; que mira, con los ojos encendidos, a sus crías, su esperanza, sus *aiglons*, que un día saldrán de allí para la conquista del porvenir, cuando el águila caudal se haya perdido en las infinitas transparencias del azul. Recordémoslo, por fin, cuando, después de terminar su tarea de sembrador de patrias, siente que debe cubrir el surco en que queda la semilla, y, para arrojar sobre ella el último riego, inicia su defensa heroica y desesperada, y lanza como último proyectil, un puñado caliente de la sangre de su pueblo casi extinguido al rostro del invasor innumerable.

Artigas se ha ido, señores, y se ha ido para no volver; se ha puesto en los horizontes de la patria. Esta parece borrarse para siempre en la mirada que su profeta le dirige al transponer la frontera. La soñada patria atlántica subtropical es sólo una vasta soledad, atada a las regiones del trópico con cadenas de hierro; una lengua extraña se habla oficialmente en nuestro altivo Montevideo; nuestras glorias son delitos, nuestros libertadores son bandidos condenados a muerte, contra los cuales se han de envenenar hasta las fuentes de la historia.

Nuestras colinas han quedado solitarias; se alargan bajo el peso de la tristeza. Nuestro gaucho heroico no las recorre ya, cantando a media voz una canción de guerra o de amor, y buscando su incorporación al ejército de la patria, conductor del arca santa de nuestra alianza con la libertad y con la gloria; las inmensas yeguas, y las

tropillas de potros salvajes recorren sin jinetes nuestros campos, atronando la soledad con el choque de sus cascos; las manadas de perros cimarrones vagan hambrientas a lo largo de nuestras cañadas, o se las ve cruzar en largas hileras famélicas, con las cabezas bajas y las colas lacias, por el lomo de nuestras cuchillas desiertas, coronada alguna de ellas por la copa redonda del ombú; el grito del teru - tero, el pájaro vigilante de nuestros aires resuena en el viento como llamados angustiosos de la patria criolla a los que nadie contesta; el carancho se posa en la osamenta; en la cumbre de la colina, o sobre la línea del monte, a orillas del río que blanquea, se ve el esqueleto del pobre hogar campesino, la tapera desierta en que ya no se enciende el fogón; y el espíritu de esa patria, personificado en algún paisano viejo, o en alguna pobre mujer, parece que se agazapa en los bajos, y sube de vez en cuando silencioso a la cuchilla, para mirar primero hacia el Sud, a ver si viene ya a aniquilarlo el enemigo ensoberbecido y prepotente, que impera en Montevideo y para mirar después hacia el Norte, por ver si efectivamente se ha perdido para siempre, o si vuelve a reaparecer, allá, sobre la última cuchilla, el poncho blanco de Artigas, único símbolo de nuestra libertad y de nuestra esperanza.

No, buena patria: Artigas ha muerto; ha ido a morir durante treinta años en los bosques del Paraguay, y a extinguir su lumbré bajo la ceniza de sus laureles calcinados; ha muerto, como el profeta conductor de los hebreos sobre el monte Nebo, sin haber podido alcanzar la tierra de promisión. Pero él ha recibido las tablas de piedra de nuestra ley, en la cumbre tempestuosa del Sinaí de nuestras primitivas glorias; él ha pensado en el Josué de nuestro éxodo, al trasponer para siempre, con la frente inclinada, la frontera de la patria; él, sabiendo que el capitán Lavalleja, el bizarro, el temerario, el casi atolondrado capitán Lavalleja, está prisionero con algunos compañeros en los calabozos de Río Janeiro, y allí tiene hambre quizá, hambre de pan y de gloria, le ha enviado las últimas monedas de su escarcela de derrotado, yéndole él a vivir de limosna, para que Lavalleja coma de su pan, y para que reciba en él su espíritu, y, con su espíritu, su ley, su mensaje sagrado.

Es una vocación, señores. Lavalleja es el elegido, es el ungido; Lavalleja es el hijo primogénito de Artigas. Tiene ya en la frente la luz profética inconfundible; el ascua ardiente lo ha tocado en la boca. Con sólo montar a caballo y presentarse en la patria ostentando su mensaje luminoso, la patria lo reconocerá, y lo seguirá como siguió al viejo Artigas: lo seguirá porque sí.

Pero es preciso que Lavalleja monte a caballo; con diez, con veinte, con treinta y dos hombres; no importa el número; pero es preciso que venga él; porque es él el que lleva el resplandor sobre la frente.

Y ya está ahí, señores; está en una playa desierta y primitiva; ha pisado de nuevo el suelo sojuzgado de la patria. Están con él treinta y dos hombres... Son treinta y tres. Es la cifra, es la hora, señores... La visión ha descendido a nuestra tierra.

Estamos, por fin, en la aurora de la Agraciada ¡La aurora! Pero ésa no fue sólo una aurora, señores: fue también una verdadera noche triste, triste como la noche sin luna de las vísperas de Otumba.

Vosotros sabéis, señores, que, al desembarcar Lavalleja

en la Agraciada con sus treinta y dos compañeros todos contaban con encontrar caballos prontos al pisar las playas de la patria. El caballo es, para nosotros, algo más que un noble bruto: él debiera figurar en todos los escudos americanos, como símbolo de la libertad de este continente; el caballo fue el baluarte móvil de la patria; fue el nervio vibrante de la ballesta oriental, que despedía, como proyectil mortífero, al gaucho centauro, armado de su lanza primitiva.

Lavalleja contaba con encontrar su caballo en el arenal de la Agraciada. Don Tomás Gómez estaba avisado; él debía traer los caballos de la legión libertadora.

Y sin embargo, Lavalleja y sus compañeros se hallaron a pie, en medio de un arenal. Estaban a merced de la primer partida enemiga que pasara. ¡Y eran las once de la noche!

El héroe ordenó, a pesar de todo, y sin vacilar, que las tres lanchas que los habían conducido se volvieran inmediatamente a su punto de partida.

Y quedaron solos, y a pie, en medio del arenal, y en el corazón de una noche que pareció eterna, treinta y dos hombres... y uno más: Lavalleja.

Uno de nuestros héroes, el coronel don Atanasio Sierra, nos ha narrado la impresión de esos momentos; nos ha pintado las largas horas de esa noche triste, con la ingenua sencillez, que nada puede sustituir, del que es héroe sin darse cuenta de ello, del brazo de Dios. Homero habla como él.

"Estábamos, nos dice, en una situación singular. A nuestra espalda el monte; a nuestro frente el caudaloso Uruguay, sobre cuyas aguas batían los remos las tres barcas que se alejaban; en la playa yacían recados, frenos, armas de diferentes formas y tamaños: aquí dos o tres tercerolas, allá un sable, aquí una espada, más allá un par de pistolas. Este desorden agregado a nuestros trajes completamente sucios, rotos en varias partes, y que naturalmente no guardaban la uniformidad militar, nos daba el aspecto de verdaderos bandidos".

"Desde las once de la noche del 19, hasta las nueve de la mañana del 20, nuestra ansiedad fue extrema. Continuamente salíamos a la orilla del monte, y aplicábamos el oído a la tierra, por ver si sentíamos el trote de los caballos que esperábamos. Lavalleja se paseaba tranquilamente al lado de un grupo de sarandíes; y habiéndosele acercado don Manuel Oribe y Zufriategui, diciéndole que eran las seis de la mañana, y Gómez no llegaba con los caballos, les respondió sonriéndose: "Puede ser que Gómez no venga, porque los brasileiros lo tienen apurado pero Cheveste volverá, y volverá con caballos; es capaz de sacarlos de la misma caballada de Laguna". Cheveste como sabéis, era el baqueano de la legión heroica, el gaucho instintivo que lee se rumbo en el viento que pasa, en la yerba, en las estrellas, y, sobre todo, dentro de sí mismo oye el rumbo en la circulación de su sangre".

Ahí está Lavalleja, señores: desde el primer momento reaparece la vieja fe inquebrantable de Artigas: no venderé el patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.

"Cuando don Tomás Gómez, agrega el héroe narrador con su sencillez homérica, cuando don Tomás Gómez acompañado de Cheveste y de Don Manuel Lavalleja, llegó con los deseados caballos, (eran las nueve de la mañana) hubo muchos de nosotros que se abrazaron al

pescuezo de los animales, dándoles besos, como si fueran sus queridas".

Oh! y lo eran, señores; eran mucho más que eso; los generosos animales tenían que ser casi una parte integrante de aquellos hombres, porque ellos eran los centauros de la patria, que debían dominar como señores la extensión de nuestras sagradas colinas; porque ellos eran la libertad americana, la libertad a caballo.

Lavalleja está por fin en los estribos, señores; ahora saludemos la aurora de la Agraciada. Lavalleja está por fin a caballo; ahora sí, por fin, tenemos patria. El héroe no se apeará de él en tres años. Ese caballo es el mismo, señores, que acaba de ser sofrenado entre nosotros por la manopujante del hijo y del sucesor de Artigas. Ha llegado hasta aquí, conduciendo orgulloso su preciosa carga de gloria, después de haber recorrido por todas partes las colinas de la patria, sembrando por todas ellas las victorias; él sintió las espuelas de su jinete en los primeros choques que despejaron el camino a la legión heroica para introducirla a la patria, que abría los ojos resplandecientes en que flameaba la aurora; él oyó el relincho del caballo de Rivera, cuando el que debía ser el héroe del Rincón y de las Misiones, vino a unir sus armas y su corazón al corazón y a las armas del jefe de los Treinta y Tres; él condujo a Lavalleja, bajo una lluvia torrencial a deponer su espada ante la majestad de la ley, sin cambiarse sus ropas empapadas, y cubierto del barro del camino, en la memorable asamblea de la Florida; él oyó, relinchando de júbilo, el clarín de Sarandí; él salvó nuestras fronteras y penetró con su jinete al corazón del territorio enemigo, para escuchar allí alborozado las dianas de Ituzaingó; y él nos lo ha conducido, señores, hasta aquí, vencedor no sólo del espacio sino también del tiempo, vencedor de los desdenes, de las ingratitudes, de los envenenamientos de la historia para que ese jinete de hierro estrechez nuestro corazón al desenvainar la espada de Sarandí, y al hacer rodar sobre nuestras cabezas, como un trueno musical, ese grito rechinante que brota de sus labios modelados por el fuego: ¡Carabina a la espalda y sable en mano!

Y ahí, quedará, señores, y quedará para siempre envuelto en el nimbo de la perdurable apoteosis; arraigado en las entrañas de nuestra tierra, cuya vida circulará por las arterias de ese bronce sagrado y melodioso; erguido en los estribos, y alta, muy alta la frente, para que todos veamos en ella el sitio en que fue tocada por el dedo del viejo Artigas: la unión de la patria, la predestinación luminosa de la gloria.

Artigas se alzarán en Montevideo con los ojos clavados en el Cerro, dominador de nuestro Atlántico; Rivera debe levantarse allá, en la frontera mirando siempre hacia el Norte, hacia el linde verdadero de la patria, a que él se aferró muchas veces, y que sólo abandonó riendo; Lavalleja quedará aquí, en el centro, junto a su cuna. Dejémoslo aquí, señores, dejémoslo aquí.

Y los fulgores de esas tres espadas se cruzarán al través de nuestro sagrado territorio, como los fuegos de inapugnables baterías combinadas; como las luces de faros-estrellas que alumbrarán nuestra ruta, si alguna vez cae la noche sobre el alma de los orientales; como los vértices del cuadro que debe formar nuestro Uruguay, el día en que el alma de la patria vuelva a tocar a llamada en el viejo clarín de Sarandí.

LA SALVAGUARDIA DE LOS INTERESES DEL ESTADO Y DE LOS EMIGRADOS

Don Juan Antonio Lavalleja, Brigadier, Gobernador y Capitán General de la Provincia Oriental.

Por cuanto: Habiendo llegado a noticia de este Gobierno que en poder de algunos vecinos de este Pueblo, se encuentran intereses de estado, dejados por los enemigos así como de particulares que han emigrado, y conviniendo recoger los primeros y mantener los segundos depositados con seguridad en manos de sujetos abonados, de modo que si sus dueños por las garantías que les son ofrecidas, vuelven al País, puedan volverlos a recibir sin desfallo; he venido en decretar lo siguiente:

Todos los individuos que tengan en su poder bienes del Estado dejados por los enemigos, y los que sin ser parte interesada, conserven algunos de las personas que han emigrado de este Pueblo, lo manifestará en el término de 24 horas al Alcalde Ordinario para los fines indicados.

Fíjese en los parajes de estilo, para su cumplimiento y que llegue a noticia de todos - Cuartel General en Mercedes a las doce del día 27 de Octubre de 1825.

Lavalleja

Es copia: *Pedro Lengua*

Pedro Lengua

Encargado de la Mesa de Guerra

(Archivo de Pedro Trápani. Biblioteca Nacional de Río de Janeiro).



Rivera informa al general Martín Rodríguez sobre la batalla de Sarandí

Excmo. Señor General D. Martín Rodríguez.

Aun no se habían cumplido 24 horas de mi arribo a este destino, cuando llegó a mi campo el **chasque** que V.E. dirigía con una comunicación para el Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia, D. Juan Antonio Lavalleja, la que, en fuerza de la confianza que me dispensa y que podría interesar su contenido, la abrí para informarme de ella, y, efectivamente, he visto la necesidad que hay de sacar a V.E. de las dudas que ocasiona la acción dada a los enemigos y que han contado con mucha variedad; cuya noticia daré a V.E., aunque no detallada, pero cierta, a lo menos para que V.E. repose en mi verdad.

Unida mi división al Ejército, amaneció en la mañana del 12 sobre nuestro campo el Ejército enemigo, que constaba de 1.600 hombres de los más aguerridos y bravos del Imperio, comandados por el coronel Bento Manuel Ribeiro y su segundo Bento Gonçalves da Silva. El nuestro constaba de igual número, poco más o menos, al mando del Excmo. Sr. General D. Juan Antonio Lavalleja y mío.

Serían las 8 de la mañana cuando, ya dispuestas a la batalla, se aproximaron las dos líneas, y a distancia de 10 pasos sufrió la nuestra una descarga general de la enemiga, bajo cuya humareda y sin disparar un tiro por nuestra parte nos fuimos a la carga con sable en mano, la que no pudieron resistir los enemigos a pesar de su bravura y disciplina, se pusieron en fuga; y sin embargo, que por algunas veces volvieron caras, fue siempre con el mismo suceso.

Cuatro leguas seguidas fueron acuchillados sin cesar, hasta que fue conseguida una victoria completa, que ha dejado a la Banda Oriental libre de sus opresores. Más de 70 oficiales de todas graduaciones y 500 soldados prisioneros: sobre 400 y tantos muertos, quedando el campo de batalla cubierto de armas, caballadas y despojos. Trescientos y tantos, al mando de los dichos jefes enemigos, pudieron escaparse de los filos de nuestras espadas y a quienes perseguí incesantemente hasta la otra parte del Cordobés, de donde acabo de llegar con el suceso de no haber podido alcanzarlos; pero los llevé tan afligidos, que cuando llegaron a aquel punto no iban más que ciento y tantos; los demás se habían dispersado por los montes, de los que aun han sido tomadas algunas partidas de ellos.

Este es el resultado de aquella memorable jornada, en la que por nuestra parte no tuvimos mayores desgracias.

La Patria es libre y los tiranos tiemblan a su nombre. Seiscientos hombres que había en la Capilla Nueva, al mando del general Abreu y brigadier Barreto, luego que tuvieron la noticia, se han puesto en una fuga precipitada, con la que se hallan ya en su frontera, dejando libre el país que insultaban con su presencia.

Yo creo que el Excmo. Sr. General (Lavalleja) habrá dado a V.E. un detalle circunstanciado; pero, si no lo ha verificado o no lo verifica en contestación a la comunicación de V.E., que le remito, yo ofrezco hacerlo luego que llegue al señor General.

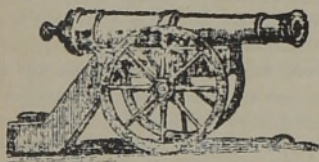
Yo felicito a V.E. en nombre de la Patria por las ventajas que ha reportado con la jornada del 12 de octubre, y V.E. tendrá a bien felicitar en mi nombre a todos los compañeros de armas y amantes de la libertad.

Con este motivo tengo el honor de saludar a V.E. como su más atento seguro servidor que besa su mano.

Fructuoso Rivera

Río Negro y Octubre 22 de 1825.

Esteban Echeverría y la victoria de los orientales



En viaje a Europa el poeta argentino Esteban Echeverría se hallaba en Bahía cuando se enteró de la victoria de Sarandí. En carta a su hermano Félix, datada el 14 de diciembre de 1825, manifiesta su júbilo en estos términos: "Hoy hacen tres o cuatro días, que llegó el correo de Río de Janeiro, el que trajo la noticia que **nuestros bravos Orientales** han conseguido un triunfo completo de los **usurpadores imperiales**, de cuyas resultas había partido para Buenos Aires Lord Stewart, ministro inglés como mediador entre la República y el Imperio. Este acontecimiento llena mi alma de un júbilo inexplicable y crece tanto más cuanto considero por una parte el heroísmo de esos bravos y la habilidad política de nuestro gobierno; y por otra veo que un orgulloso déspota se humilla a la razón, y entabla negociaciones por la influencia de una nación ilustrada, que en otro tiempo rehusó. También, se dice, que el Emperador luego que recibió la noticia de dicho triunfo se ardió en cólera, y dijo que mandaría 6000 hombres y toda su escuadra; pero estas son **fanfurrinadas** que no pueden efectuarse. En uno de sus accesos dictó la proclama, cuya copia te adjunto —Corre impresa; mas yo no he podido conseguir ningún ejemplar—".

La epopeya uruguaya de 1825



En apariencia, la obra de la emancipación uruguaya resulta el desiderátum conveniente de un litigio internacional entre dos poderosos rivales, la Argentina y el Brasil; pero, si se investiga a fondo la causa primordial de la obstinada resistencia de Artigas, y el móvil determinante de la empresa de los Treinta y Tres libertadores, se advertirá, al momento que hubo constancia y firmeza en sentido de la independencia absoluta, por más que se aludiera a una reincorporación; que no era voluntad de los nativos, sino pretexto fundado de circunstancias.

En este concepto, Lavalleja simboliza una aspiración unánime y fervorosa del pueblo que iba a redimir, y pertenece por su acción eficiente a los caracteres de temple excepcional destinados a vivir en la historia, sean cuales fuesen los juicios de sus coetáneos desagradecidos.

Lo heroico del esfuerzo, unido a la felicidad del éxito, confirman dos cosas: la justa fama del prócer, y una nueva nacionalidad.

Eduardo Acevedo Díaz

Setiembre 25 de 1902.

El monumento a Lavalleja



El bronce de esa estatua que se levanta es firme, duro y perenne. El tiempo no hará sino revestirle del tono realzador de la pátina.

Una vez que las figuras históricas han adquirido ese grado de solidez resistente, de heroica fijeza en la actitud, y de precisión de contornos, necesario para que se las vea levantarse sobre el pedestal, no como signo de un capricho fugaz o interesado, sino como solemne sanción que congrega todos los ardores de un pueblo, ellas pueden mirar, desde lo alto de su pedestal, al porvenir infinito, sin temor de caer, mientras la tierra que las sustenta no se allane al paso triunfador de los extraños o no se despedace en el delirio mortal de la discordia.

Firme, duro y perenne es el bronce de esa estatua que, durante medio siglo, ha fundido el sentimiento unánime del pueblo.

Veinte años más, y nadie, nadie, intentará refundirlo. Pero si alguna voz pudiera resonar, aún entonces, que discutiese la solidez de la estatua que hoy se levanta, bastaría para ensordecirla y apagarla un ruido mucho más alto y poderoso que todas las voces de los hombres: el estridor de la carga de Sarandí, perpetuando sus ecos de victoria en el corazón de la Patria y en los ámbitos del tiempo.

José Enrique Rodó

Octubre de 1902.



Monumento a la batalla de Sarandí.
Obra de José Luis Zorrilla de San Martín. Copia en bronce del original
erigido en Sarandí Grande, Florida.



Sable con dragón que le fue obsequiado al
Gral. Juan A. Lavalleja después de la victoria de Sarandí.

CREAS Y SABANAS

O & B

LISAS
RAYADAS
ESTAMPADAS

En el año del Sesquicentenario de la Nación,
y como siempre al servicio de la familia
Oriental, las creas y sábanas O & B acompañan
la emancipación de la industria uruguaya
con calidad, duración y lucimiento.

